

LUIS MORENO MORA

# BREVE RESEÑA

DE LA VIDA

DEL RMO. SR. DR. D.

**JULIO MARIA MATOVELLE**

FUNDADOR DE LAS  
CONGREGACIONES DE OBLATOS

DE LOS SS. CC.

DE JESUS Y DE MARIA



—CUENCA — ECUADOR — TIP. SALESIANA —

1939

---

---

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD EPISCOPAL DIOCESANA

---

---

TALLERES GRAFICOS SALESIANOS  
CUENCA - ECUADOR  
1940



*Rmo. Sr. Dr. Julio M. Matovelle*  
cuya misión providencial fué renovar  
y sostener el gran pacto celebrado por García Moreno

## PROEMIO

**C**ONOCESE en el Ecuador, con más o menos exactitud, la vida pública del R. P. Matovelle; acaso pocos ignoren que fué el primer orador parlamentario de su época, el que tomó la bandera de la causa católica en la Asamblea Constituyente de 1883-84 y en los Congresos siguientes, hasta 1895, presidiendo y dirigiendo las fuerzas conservadoras en aquellas memorables luchas, por derecho de la primacía de su poderosa inteligencia, por el pleno dominio de las ciencias políticas y por la fuerza inquebrantable de su bien formado carácter, con todo lo cual no podían ser sino suyas la preeminencia y la dirección, por indiscutible título de la soberanía de su excelencia y superioridad.

Conócese igualmente al ilustrado hombre de letras, escritor pulcro y elegante de notables obras religiosas, al publicista católico que en hora oportuna difundió sabias doctrinas, alejando con ellas de los errores de la Revolución difundidos en el

ambiente a los espíritus rectos y amantes de la verdad; así como al hombre de acción, al cual se deben las mayores obras religiosas de su tiempo, y, en fin, al Santo Fundador de Congregaciones religiosas en su tierra natal.

Pero lo que todavía no se conoce es su santa vida interior, su vida mística claro espejo de hermosuras ultraterrenas, dulce y quieto remanso de perfección y santidad, hondo misterio de la acción divina, secreta clave de su grandeza, causa oculta de su magnificencia y esplendor.

Si es honroso para la Iglesia ecuatoriana contar entre sus miembros al sacerdote grande e ilustrado, y para su Patria haber amamantado al escritor y publicista, al orador y patriota; mayor y más pura gloria es para ambas el varón perfecto, el hombre de veras santo.

He aquí por qué hemos escrito esta breve noticia de su vida, en este aspecto inmortal e impercedero. Contribuya ella al estudio completo del apóstol del Sagrado Corazón de Jesús en el Ecuador, y arranque del pueblo ecuatoriano gracias y alabanzas para Dios, que no olvidó a su porción escogida y le viene preparando la salvación por medio de estos hombres, dones de su caridad y munificencia divinas.

Apóyase este estudio principalmente en un valioso documento, especie de autobiografía o memorias de la vida interior del R. P. Matovelle, escritas no por vanidad sino por obediencia. Raras veces se cuenta con documentos de esta clase, cuyo

valor es incuestionable cuando en ellos se encuentran verdad y sinceridad.

Si fenómenos espirituales como los que contiene este documento, generalmente no han de admitirse con credulidad ligera, no puede dejar de aceptárselos cuando nos lo comunican personas incapaces de caer en ilusión o mentira.

Ni uno ni otro defecto puede sospecharse en el R. P. Matovelle, religioso de vida austera y de temperamento lleno de equilibrio y ponderación. cuyas *Confidencias* no fueron escritas sino después de vencida la grande repugnancia de su humildad, por obediencia a sus confesores, en forma demasiada sobria, que, aunque argumento más de sus virtudes, debemos lamentarlo nosotros, que las habríamos querido más municiosas.

He aquí el relato del motivo por qué escribió este documento, al cual da comienzo en un primer viernes, indudablemente apremiado por su conciencia iluminada y encendida aquel día en el amor del Sagrado Corazón.

«El año de 1896 me confesé en Quito con un inteligente Padre de la Compañía de Jesús, quien me ordenó que pusiese por escrito los favores que el Señor me había concedido. Disponíame a cumplir con esta orden, cuando me vino la idea de que las cosas que yo juzgaba favores de Dios no eran acaso más que ilusiones de la fantasía, que los papeles escritos por mí caerían en manos de otros, etc., etc.; desobedecí, pues, la orden del confesor y no cumplí lo que se me había ordenado. Sin em-

bargo, poco después conociendo mi falta me acusé de ella en confesión. El nuevo confesor (pues, por no cumplir la orden aquella, dejé de confesarme con el Padre Jesuita) no solo ratificó la orden anterior sino que me impuso por penitencia sacramental el deber de escribir las cosas interiores de mi alma. Han transcurrido de esto como nueve años, y reconozco que no he cumplido hasta hoy aquella penitencia; siendo así que con la gracia de Dios procuré cumplir con exactitud mis penitencias. Esta falta me ha causado constantemente inquietudes y remordimientos de espíritu, y la convicción de que no había de morir tranquilo sino realizaba la voluntad de Dios tan claramente manifestada por boca de mis confesores».

Arrojado en el mar aprendió Jonás a obedecer a Dios; el Padre Matovelle se resuelve también a obedecerlo entre las tempestades de su espíritu, pues no hay paz sino en el total cumplimiento de la voluntad divina.

La filosofía cristiana hallará en este documento la maravillosa acción de Dios, como siempre obrando con suavidad y combinando felizmente los dones de naturaleza con los de la gracia para el logro de sus amorosos designios. Ella sabe que los dones extraordinarios no son sino por falta de correspondencia de la criatura; que allí en donde ésta se muestra fiel y agradecida, Dios, el más amante y tierno de los padres, desborda sus inefables caricias y multiplica sobre todo sus comunicaciones con aquellas almas generosas a quienes lla-

ma a vocaciones extraordinarias como los fundadores de órdenes religiosas.

La piedad común encontrará un sorbo de energía para las horas de desfallecimiento en estas *Confidencias*, que bien pudo llamarlas su autor, como San Agustín, Confesiones, porque no hace en ellas sino confesar y alabar la grandeza y misericordia del Señor, como lo hizo en éstas el Santo de Hipona.

Advertiremos, finalmente, que cuantas veces calificamos de santo al Padre Matovelle en este opúsculo, lo hacemos según el uso común y ordinario, sin pretender en manera alguna prevenir el juicio de la Iglesia ni anticiparnos a su fallo con nuestra opinión, en todo y siempre filialmente sujeta a su autoridad divina.

# Cuenca a mediados del Siglo pasado.

En el callejón de los Andes ecuatorianos, en el austro, en donde las cordilleras sin nevados perpetuos ni volcanes abaten sus caprichosas crestas, ábrese hermoso y dilatado valle más acá del Azuay, entre el seminudo del Buerán y el Portete. Más de diez leguas extiéndese el valle, pero sólo se dilata anchuroso en la llanura de Paucarbamba, verde y florida esmeralda, en la que se asienta Cuenca, desde la cual aparece el llano como concha gigantesca, cuyos bordes ligeramente elipsoidales formasen por el norte y el occidente la distante cordillera, el Cajas y sus estribaciones, por el sur el repecho de Turi y el cerro de Gapal, que ondula y se recuesta sobre el macizo de Jaldán, que, al oriente, cierra el llano con el saliente de Gualzhuma, mirador del valle.

Recostada Cuenca en esta llanura, al perezoso arrullo del Tomebamba y el Machángara, el Tarqui y el Yanuncay, aduérnese silenciosa debajo

de un cielo casi siempre claro, acariciada de sol, en la silenciosa paz del olvido y aislamiento de ciudad segundona, lejos de las rutas del mar y de las bulliciosas capitales.

En esta ciudad, en 1852, cuando apenas habían transcurrido veintidós años desde que el Ecuador, separado de la Gran Colombia, regía por sí mismo sus destinos, debía ver la luz José Julio María Matovelle, futura gloria de su merecida fama.

La sociedad cuencana aun conserva entonces la sencillez de las austeras y patriarcales costumbres de la colonia; generalmente la vida se encierra casi toda en el hogar, sin fausto ni complicaciones sociales, sin otro calendario que el religioso, que marca todas las fiestas y conmemoraciones.

Los raros escándalos de las gentes que tienen concepto poco cristiano de la vida no trascienden al imperturbable recogimiento de los hogares, regidos en su mayoría por severa disciplina moral y guardados por la fe que alimenta su sencilla piedad diariamente, ora con los cánticos del alba a la Virgen, ora con las alternas notas nocturnas del rosario que cierra las íntimas veladas familiares.

Grandes casonas, todas con su patio español y espaciosos huertos, enfilan en las calles con sus puertas cuidadosamente cerradas. Aun en la sociedad mundana la frivolidad solo asoma a ratos; no la agitan la fiebre de la sensualidad y la insaciable sed de los placeres que hoy corroen y aplebeyan las actuales sociedades.

En las calles, en donde cantan los arroyos por mitad de ellas, si cada tarde pasa el tropel sonoro de jinetes que pasean sus ilusiones y amo-

ríos, apenas una que otra cabeza asoma tímidamente en balcones o ventanas.

Pero la monotonía de esta vida alimenta en cambio, el amor al estudio y al recogimiento; el prestigio del gran polígrafo Padre Solano estimula las nobles ambiciones juveniles; la oratoria sagrada halla ancho campo en el brillante Septenario del Santísimo; y la juventud recoge aguas puras y cristalinas en el Colegio de los Jesuitas.

En vano el incipiente poder político ensaya desarraigar las creencias y trastornar las costumbres; los golpes que asesta con este objeto, como la expulsión de los Jesuitas, llevada a cabo por Urquina, no hacen sino arraigar más el amor a la fe.

Cuando en 1861 llega García Moreno al poder, su acción vigorosa tiene la más honda trascendencia; siéntese empujado el país hacia una nueva era y puesto varonilmente en mejor senda, sacude el sueño en que dormitaba anquilosado frente al progreso intelectual, moral y material que se le pone delante. El genio de este hombre extraordinario, que no alcanzó toda la comprensión de sus conterráneos, fecunda muchas generaciones.

Brotan a su impulso, como en milagrera creación, escuelas, colegios y universidades; vienen nuevas Congregaciones religiosas y notables sabios europeos, florecen la paz y el orden, dentro de los cuales poderosa corriente vital anima al país, lanzado certera y diestramente a grande y verdadera civilización.

Preside la Diócesis de Cuenca el Exmo. Sr. Dn. Remigio Esteves de Toral, dotado de grandes facultades de organización y gobierno, notable sentido social y don de gentes, cualidades que, unidas a sus virtudes, le dan profunda influencia en

la sociedad. El clero cuenta con hombres como Justo León, alma columbina de angelical sencillez y simplicidad de niño; como Vicente Cuesta, orador ilustrado que trabaja aun en pulir las costumbres sociales.

Con todos estos factores aparece, pues, la época más espléndida de la sociedad cuencana al rededor de 1883, cuando derrocada la dictadura de Veintimilla, las generaciones nacidas desde 1850 y educadas bajo el régimen garciano, asoman gallardas y maduras para lucir en congresos, púlpitos y tribunas; cátedras, revistas y libros. Son Matovelle, Aguirre, Vázquez, Moreno, Arízaga, el Hno. Miguel, los Crespo Toral y tantos otros que esplenden en los varios campos de la actividad nacional.

De los hogares cuencanos vuelan entonces más de un centenar de doncellas cristianas hacia los claustros, llegando hasta a naciones vecinas.

Tal el medio en que crece, se desarrolla y trabaja con celo de apóstol el Padre Matovelle, sacerdote de los más ilustrados de esta época tan notable, y, lo que vale todavía más, de rara perfección y modestia cristianas.

# Infancia y adolescencia

El 8 de Septiembre de 1852, en que la Iglesia celebra la Natividad de la Santísima Virgen, nació en la ciudad de Cuenca el niño Matovelle, como indicándose con esto la vocación del apóstol ferviente de su culto y docto escritor de sus glorias y misericordias. Dos días después recibe el bautismo con los nombres de José Julio, a los cuales se le añade el de María en la confirmación.

Desposeído de fortuna y otras envidiables condiciones de familia, acaso contrapeso de la magnificencia de su alma ricamente dotada en dones de inteligencia y voluntad firme y varonil, viene en cambio provisto de dones de gracia que han de manifestarse muy temprano. Le asiste singularmente el providente cuidado de Dios, por el cual se salva un día de perecer en los brazos de su nodriza, cuando ésta es atacada furiosamente por un soldado que la hiere.

Adoptado luego por una virtuosa tía, la Sra. Isabel Matovelle, alma austera y penitente, según lo testifica el mismo niño, recibe de élla verdaderos cuidados de madre y noble ejemplo de virtud y piedad.

En la infancia mismo le previenen las maravillas de la gracia: encuentra un día una hermosa estampa de la Virgen de Dolores y basta esto para que se despierte en su alma el más hondo afecto para la Virgen; desde entonces concibe singular devoción hacia esta advocación de María, que le inspira los más dulces sentimientos de resignación y ternura. Toda la sed de amor de su corazón infantil, falto de las caricias maternas, va hacia la Madre de los Dolores; así como aprende a leer y encuentra en su devocionario el obsequio de siete avemarías diarias para honrar sus Dolores, la adopta y la practica con la más tierna fidelidad.

A los ocho años de edad hace su primera Comunión y saca luego de la Eucaristía tan especiales gracias, que un año después, cuando padece graves tentaciones contra la pureza, cual si fuese ya un hombre maduro, se consagra totalmente a María haciendo voto de castidad perpetua. Si se considera las circunstancias en que hace este voto, y como dando cuenta de él en sus "Confidencias" no lo disculpa por causa de su edad, podemos mirarlo como obra de particular inspiración del cielo a este niño no sólo de carácter varonil sino de virtud heroica, muy superior a su corta edad.

La más tierna devoción a la Sagrada Eucaristía brota también en su corazón por estos mismos días, en forma igualmente extraordinaria. Una falta, indudablemente pequeña, es la causa para que el alma del niño se incendie en el amor de Jesús Sacramentado. "A la edad de nueve años, léese en sus *Confidencias*, tuve la desgracia de hacer mal una confesión y comulgar en seguida,

No tenía la instrucción suficiente, y así no me di cuenta de si era o no esto pecado, sino después de haberlo cometido. Esta falta me ha amargado mucho toda la vida. Qué no quisiera hacer ahora, oh Jesús dulcísimo, Hostia Sacrosanta, para borrar esta enorme falta, con que principié a ofenderos. Arrepentido grandemente de aquella falta, formé la resolución de hacer del Santísimo Sacramento el centro de toda mi vida. Después de la devoción a Nuestra Señora de los Dolores, que fué la primera de mi vida, la devoción al Santísimo Sacramento ha sido y es como el alma de mi alma y a la cual debo las más insignes gracias del cielo”.

No habiendo conocimiento, en realidad de verdad, no hubo pecado; mas, la conciencia delicada y la humildad del confidente nos presentan esta inculpable ignorancia de su niñez como enorme falta, deplorándola iluminado por la luz divina, a cuya claridad no son ciertamente pequeñas las cosas que así lo parecen a nuestra mezquina estimación.

Caminos los de Dios. La Eucaristía será realmente el centro de su vida; de ella dimanarán para el niño y el adolescente abundantes gracias; de ella se nutre constante y frecuentemente y en ella pone todo su amor y toda su confianza. “Sobre todo, nos cuenta él propio, tenía una confianza muy grande en el Santísimo Sacramento, y en todas mis penas y tribulaciones acudía al pie de los altares, de donde salía lleno de fuerza para las luchas del espíritu.”

En cuanto sabe leer, entretiéndose con las “Crónicas de la Orden de San Francisco,” en las cuales lo que principalmente le impresiona y atrae,

es la historia de los mártires de Marruecos, los primeros misioneros de la orden enviados por el mismo San Francisco; su corazón arde con el martirio de estos santos, y, cuando poco después lee el martirio de Santa Inés, en la novelita *Fabiola* del Cardenal Wiseman, su alma se llena de tan profunda emoción, de tanto deseo de la grande e incomparable dicha del martirio, que, al día siguiente, cuando en la santa comunión estrecha en su pecho a Jesús, se deshace en lágrimas, gran parte de la mañana, lleno de deseos santos de padecer también el martirio.

Tales impresiones y deseos no son efímera idea de la niñez; las alimentan constantemente en su juventud y en el curso de toda su vida, sobre todo desde que hace su voto de inmolación. Como desahogo de estos sentimientos compone en su juventud "Un Drama en las Catacumbas," y hace representar en el Seminario, un melodrama en que se canta la despedida de un mártir, obrita que se ha perdido.

Otra noble cualidad que posee el niño es el amor al estudio, al cual se dedica con disciplina y constancia. Cuando en 1877, ya sacerdote, hace un reglamento de vida y distribuye su tiempo, dedica nueve horas para estudio, seis para el sueño, cinco para oración y lecturas espirituales y cuatro para descanso y más necesidades de la vida.

Fruto de este orden y rigurosa disciplina, tan raros aun en los hombres maduros, es el sabio y también el santo que por este modo coopera constantemente a la gracia y mantiene pura su vida. Apenas puede concebir el mundo la hermosura celestial de una juventud casta, dotada del sentido divino, que le enseña a conocer la senda

del bien y la lleva hacia sí, la faz al cielo, superior al bajo estímulo de los sentidos, que obligan a rampar miserablemente por los inmundos lodazales de la tierra a aquella que no posee esta angelical virtud.

Con efusión reconoce el esclarecido confidente este beneficio divino y exclama lleno de gratitud: "Gloria a tí, Hostia divina, mi dulcísimo Jesús Sacramentado! ¿Qué te movió a favorecer de modo tan señalado a esta vilísima criatura, sino la infinita bondad que te hace olvidar de nuestras miserias, para que no recuerdes sino de tus misericordias? Alábante los ángeles por la benignidad que has tenido con este miserable pecador." El humilde no cesa de agradecer y reconocer los beneficios recibidos y por esto se complace Dios en multiplicar con él sus gracias.

# Camino de Damasco

El más brillante porvenir se abre ante los ojos del joven estudiante, próximo a coronar su carrera de abogado con el mayor lucimiento. Conjuntamente con el Derecho ha estudiado las ciencias teológicas, acaso esperando buscar alguna vez el tranquilo asilo del claustro, insatisfecho de la agitación mundana. Mas, en este momento esas vagas y secretas aspiraciones, quedan relegadas completamente ante el fascinante miraje de la gloria, la fama y el amor, que aparecen deslumbrantes a su ardiente fantasía juvenil, que las viste hermosamente con los deseos y el amor de su corazón henchido de vida e ilusiones.

Atraído por los halagos de la sociedad mundana y demasiado ocupado en sus estudios, se ha alejado un tanto de la piedad y la comunión frecuente. Sin embargo durante este tiempo mismo rompe con una amistad peligrosa y despedaza una lámina muy hermosa y artística considerándola impropia de la alabanza de una persona piadosa, lo que demuestra que aun durante estos días anda sobre sí y dentro de sí, en coloquios con su conciencia y con Dios.

A veces parece dormir el paternal cuidado con que vela el Señor sobre sus elegidos, mas esto no es sino para dar mejor logro a sus designios, temando a sus siervos en el atajo mismo, y, con esta amorosa manera, enseñarlos mayor humildad y obligarles a más vivo reconocimiento de sus tiernos cuidados.

“Como me hallase un tanto alejado, nos cuenta, de la frecuencia de sacramentos, y entregado a visitas mundanas, Dios nuestro Señor para sacarme de mis pecados, me envió una serie muy amarga de tribulaciones domésticas. Principiaron éstas precisamente en una fiesta de nuestra Señora de los Dolores, tercer domingo de Septiembre. Calumnias, molestias, deshonor, amarguras sin fin llovieron sobre mí de la manera más imprevista, que, aunque me crucificaron cruelmente, sirvieron en mucho para deshacerme del mundo, y formar como un vacío en mi corazón.”

Es la forma en que con frecuencia obra Dios sobre el hombre, con lo cual a la vez que le enseña la vanidad de las cosas, prueba también su lealtad obligándole a escoger su camino. “Con todo esto empecé a dedicarme más y más a la lectura espiritual, oración y frecuencia de sacramentos, cuenta en sus *Confidencias*. Entonces una luz extraordinaria del cielo principió también a llenar mi alma, luz como después de aquella época de mi vida, no la he vuelto a tener. De repente bajaba sobre mí un torrente de luz sobrenatural que se manifestaba con una claridad estupenda, que me dejaba absorto por muchos días, y me manifestaba la verdad de algunos de nuestros misterios. Los primeros iluminados de esta manera fueron los novísimos: el pecado, la muerte, el infierno, el

juicio. Recuerdo que una vez me paseaba solo, como casi siempre lo practicaba, cuando de repente una luz vivísima me demostró las terribilidades del juicio final. Volví a la ciudad, y me admiraba cómo todos los habitantes no se hallasen meditando en verdad tan espantosa. Acercáronse un sacerdote y algunos caballeros a hablarme de cosas indiferentes, y yo sin poderles escuchar, les hablé con tal vehemencia de lo terrible que sería aquel juicio, que quedaron mis oyentes grandemente conmovidos y silenciosos.”

Estas iluminaciones forman a los santos, ellas mejor que los libros hacen los verdaderos teólogos. Con esta luz decía San Francisco, sin poderse contener, a los ladrones con quienes había topado en su camino: *soy el pregonero del gran rey*, y otros santos fueron calificados de locos porque con tales luces no podían sino hablar de cosas extrañas al mundo.

Con todo esto encamina el Señor hacia la vocación sacerdotal a este joven, elegido para lumbrera de su pueblo. Hay en él además del abogado y el teólogo, el hombre ilustrado en vastas lecturas: “los grandes Apologistas de la Religión, desde Orígenes contra Celso hasta Chateaubriand; las Historia Eclesiástica y la Historia profana, la filosofía, los varios tratados de Derecho Público y la literatura, formaban el campo predilecto de mis estudios”, nos dice al recordar los beneficios recibidos de Dios en su juventud.

Con todo no pasa ni aun por la mente del futuro levita la idea del sacerdocio secular. “En mis momentos de pasajero fervor, sentía grandes deseos, relata, de ingresar en una de esas Ordenes antiguas, célebres por su austeridad: ordinariamen-

te mis deseos se reducían a ser carmelita o franciscano. La idea sola de que pudiese ser sacerdote secular me desagradaba e inspiraba grandes repugnancias y hasta algo como aversión a la sotana.”

Eso sí conoce todo el valor de la dignidad sacerdotal y en su alma siente el más grande respeto y veneración por los sacerdotes: “aun cuando ocurriese encontrarme con algún sacerdote vicioso, cuenta, por escandalosa que fuere su conducta, le saludaba siempre. Parecíame ver en él un templo destruido, pero templo al fin.”

Indudablemente esta repugnancia por el sacerdocio secular nace en su alma del temor de la enorme responsabilidad de su ministerio; así, aun sus buenas lecturas, como los Sermones de Masiellón y la Selva de San Alfonso de Ligorio, le afirman en la idea de no ser nunca sacerdote secular. Mas la mano de Dios le conduce, y muy pronto va a llevarle a tan alta dignidad de manera suave pero eficaz.

Entre tanto, convídale al deponorio espiritual y le anda abrasando en su amor, haciéndose conocer cada vez más y preparándolo para la unión divina. Veamos cómo nos narra él propio estos secretos del amor divino.

“El misterio que más llenaba mi alma y mi corazón, era el Santísimo Sacramento. Recibía continuamente luces tan vivas acerca de este misterio adorable, que me parecía que antes no había creído bien en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo, o que jamás me había dado cuenta de ello. Andaba todo admirado de cómo la gente no caía en cuenta de que Jesucristo Señor Nuestro estaba aún en la tierra y vivía con nosotros. Ad-

mirábame especialmente de que los sacerdotes no se consumiesen en llamas ardentísimas de amor en este misterio dulcísimo. Si salía al campo no me fijaba sino en las iglesias, cuyas blancas paredes resaltaban entre la sombra de los árboles o los cerros, y me parecía que cada iglesia era como la exposición permanente del Santísimo Sacramento, y me decía, allí está mi amor. Hallaba singular delicia en hacer una romería espiritual visitando a mi amado Señor en todas las iglesias, así de la ciudad como de los campos, pero más especialmente de estas últimas. No sé como se clavaron en la mente y en el corazón estas palabras de los sagrados cánticos: "*Veni Dilecti me: egrediamur in agris, commoremur in villis,*" y las andaba repitiendo interiormente a cada paso".

Durante todo este tiempo recibe además torrentes de luz acerca de la Pasión y de muchas otras verdades religiosas que nunca había siquiera sospechado su inteligencia ilustrada y todo por la teología. Es que no hay luz como aquella que recibe el alma en la dulcísima oración de contemplación, en la cual se infunden en ella especies infusas que la iluminan y la deshacen toda en afectos que no caben dentro del pecho, y cuyo ardor y delicias sensibles aun trascienden muchas veces hasta el cuerpo mismo.

"Con todos estos sentimientos, afectos e iluminaciones interiores hallábame, dice, ciertamente resuelto a dejar el mundo pero no sabía cómo ni de qué manera realizaría este deseo".

No importa. Lo sabe Dios que le ha tomado a su cuidado, porque el mancebo ha vencido generosamente a su propio corazón, que es el mayor triunfo que se puede conquistar en la tierra.

# Sacerdocio y Desposorio Espiritual.

David había salido al campo cuando llegó el Profeta en su busca para ungrirle rey de Israel. El 23 de mayo de 1879 también había ido al campo el señor Matovelle, quien entonces habitaba en el Seminario como profesor del plantel, cuando vino en pos suyo el Exmo. don Remigio Esteves de Toral, obispo de la Diócesis, para llamarle a la dignidad sacerdotal. No encontrándole, su invitación y orden quedaron encargadas al Rector del Seminario para que se las trasmitiese al joven, a quien había elegido Dios para el sacerdocio y llamaba de manera ostensible y cierta.

Hacia cosa de un año que el joven profesor estaba decidido a abrazar la carrera eclesiástica, pero nada había hecho todavía para esto. Tres días después llámalo nuevamente el Obispo para notificarle personalmente su deseo de conferirle las órdenes sagradas, hasta el diaconado, dentro de pocos días. El señor Matovelle había tomado casi por una broma el recado que recibiera en el Se-

minario; para acudir ahora ante el Prelado, abre su Kempis a fin de tomar alguna sentencia en que ir meditando en el camino y esta sentencia le dice: *Hodie est et cras non comparet*. Largamente discute con el Prelado y, aunque impresionado, sale todavía de su presencia abrigando la esperanza de evadirse.

La voz de Dios le ha dejado inquieto. Ella está sonando adentro. Buscando consejo y consuelo para la agitación de su alma, abre nuevamente el Kempis y los Evangelios y ambos libros no tienen sino textos apremiantes: Estos le dicen: *adolescens, tibi dico, surge* (Luc. 7), y aquel: *Fili, sine me tecum-agere quod colo; ego scio quid expedit tibi*. Conmovido con estas y otras muchas sentencias uniformes, busca personas graves que le den consejo, y todas uniformemente le apoyan oír la voz del Obispo; sin embargo, vuelve a insistir ante éste con su negativa, pero el Prelado se mantiene inflexible en su llamamiento, y al fin el señor Matovelle se rinde a la voz de Dios.

Conocedor de la alteza y responsabilidad del sagrado ministerio sacerdotal, ha querido evadirlo con humilde temor; mas, ya decidido a abrazarlo, no piensa sino en ingresar en él con santas disposiciones. He aquí lo que escribe la víspera de recibir las cuatro órdenes menores y vestir sotana, entre otras piadosas resoluciones: ".....entraré en el sacerdocio con el mismo desprendimiento con que lo hiciera en la cartuja. Entro en el sacerdocio para hacerme santo, primeramente con la oración, el retiro y el estudio; y, secundariamente, auxiliando a los demás con las funciones propias del ministerio sacerdotal..... Entro en el sacerdocio para ser un apóstol del Santísimo Sacramento

y de los SS. CC. de Jesús y María. Mi divisa desde hoy será ésta: *Trabajar, amar y padecer. La cruz, la corona de espinas y la herida del costado serán mis blasones.*"

El 7 de junio siguiente recibe el diaconado y, seis meses después, el 21 de febrero de 1880, la ordenación de presbítero, celebrando su primera misa el 25 de marzo siguiente en la capilla de la adoración perpetua del Santísimo Sacramento de las Religiosas de los SS. CC.

"En todas mis ordenaciones, revela en sus *Confidencias*, recibí sensiblemente un torrente tan grande de gracias, como no las he vuelto a experimentar después. Hallábame como embriagado por la interior dulzura del alma, de modo que hasta materialmente en mi boca sentí, durante como seis meses, una dulzura como de miel. Admirábame al ver cómo repentinamente la mano del Señor me había sacado del mundo cual si me tomara por los cabellos y me había transportado a otro mundo, antes para mí totalmente desconocido, a un verdadero paraíso de espirituales delicias. Esta consideración de los beneficios divinos y de mi nada y mi miseria, producía en mi alma una ternura indecible, que arrancaba constantemente lágrimas a mis ojos, sin poder contenerme a veces. Hallábame dominado por la presencia de Dios, en todas partes, y sentía mi corazón inflamado de un amor tan dulce y delicioso para con Dios, lo cual engendraba en mi alma grandes deseos de retiro y soledad y alejamiento de las criaturas, junto con vivas ansias de adquirir la alta perfección propia de mi estado."

El sacrificio de su obediencia le ha merecido la unión divina, cuyas dulzuras y suavidades ra-

ramente conoce el mundo, incapaz de estos secretos que ignora y desprecia, entregado a las groserías de lo material que le impiden el gozo de la dulcedumbre y el amor divinos, cuyas delicias son para los amadores de la soledad y el recogimiento de la oración, que cada día tiene menos seguidores y que no los habrá acaso, como lo piensa San Juan Clímaco, cuando venga el Hijo del Hombre.

Humilde y fervoroso quiso el joven levita permanecer siquiera seis meses en el diaconado, a fin de prepararse de algún modo digno a la ordenación sacerdotal, pero no lo consintió el prelado, por lo que sólo hizo sus ejercicios espirituales y una devotísima novena a la Virgen con este objeto. Lleno de esmero en su preparación, aprendió de memoria las oraciones y ceremonias pontificales, de tal modo que, cuando en la misa de ordenación las rezó con el Obispo, las palabras sagradas iban cayendo en su corazón con todo el peso de su significado: *Frumentum Christi, dentibus bestiarum molar*, recuerda en *Confidencias*, que decía la oración de la comunión, exclamado ante este recuerdo: “Quiera el Señor que alguna vez lo sea de veras: *dentibus bestiarum molar ut panis mundus inveniar.*” “Mi alma quedó saturada del Sacramento divino, relata recordando su primera misa, y el sentimiento que más me dominó entonces fué el de la acción de gracias, sentimiento de dulce alegría mezclada con inmensa gratitud a Dios N. Señor por el insigne beneficio que acababa de hacerme entregándose en mis manos por Hostia de amor y propiciación. Ya Jesucristo era todo mío; ya el Verbo encarnado me pertenecía como propiedad exclusiva mía; ya le ofrecería cuando

quisiese al Eterno Padre; tenía ya en mi propiedad, en mi dominio el tesoro más grande del cielo y de la tierra..... ¿Dónde hallar felicidad más grande que la mía?..... *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*..... Ya el Eterno Padre no podría negarme nada, puesto que me había dado a su mismo Hijo Unigénito..... Qué dicha la mía, poder decir en el altar santo como la Santísima Virgen, y hasta como el Eterno Padre: *Filius meus est tu: ego hodie genuit te*..... He aquí algunos de los afectos y pensamientos que me dominaron durante los primeros años de mi sacerdocio; de tiempo en tiempo tornan a renovarse estos afectos, pero, ay, ya no con la fuerza de entonces. Sin embargo por una grande gracia del cielo, aun hoy Jesucristo es el único amor de mi alma; vive continuamente en mi corazón como el niño pequeño de Belén recostado en las pajas secas de mis pobres afectos. Aun hoy, y espero lo será hasta mi último aliento, el Santísimo Sacramento es mi encanto, mi delicia, el consuelo de mis penas, el centro de mis amores, mi todo; me basta acercarme un rato al Tabernáculo para que cesen todas mis angustias. Qué dulce me es recordar que Jesucristo ha sido el primer amor de mi vida, y el que ha de ser el último de mi peregrinación terrestre”.

Pocas páginas habrá en la literatura mística más bella que ésta, tan llena de honda ternura y sincera efusión de afectos. Ella sola nos testifica cómo esta alma fué desde entonces habitación de Dios, pues, como observa San Juan Climaco, basta una palabra para conocer esto. Si en ella lamenta el señor Matovelle que estos afectos no vuelvan a su alma con el primer hervor, no es

porque haya disminuído su amor, sino porque los primeros afectos hierven más con la novedad y también porque las operaciones divinas, mientras son más subidas, son menos sensibles, como lo enseñan los místicos.

El joven sacerdote no se detiene en las dulzuras sensibles de la gracia; crece cada día en verdadera caridad y abnegación de sí mismo, hasta merecer el desposorio espiritual y místico de su alma con Dios. Nos testifican esta gracia las siguientes iluminaciones que recibe. "Un día me hallaba, nos relata, en la capilla del Ilmo. Sr. Toral y contemplaba, puesto de rodillas, el hermoso crucifijo que había allí sobre el altar. Meditaba sobre las primeras palabras que dijo Cristo en la Cruz: *Pater: dimite illis*; entonces sentí una luz extraordinaria en mi alma acerca de como el Salvador, en su muerte preciosísima, nos había dado a Dios por Padre; pues, desde que se consumó el misterio de la redención, Dios Padre ve en cada uno de nosotros, por miserables que seamos, la imagen de su Hijo Unigénito, y nos tiene a todos por hijos. Esta consideración encendió en mi alma un amor ardiente por Dios Padre: amor que nunca lo había sentido antes, y que desde ese día me ha hecho tan dulce la invocación del *Pater noster*: Padre nuestro que estás en los cielos".....

Estas luces solo reciben las almas que han celebrado el desposorio espiritual con Dios. "Cualquiera que me ama, observará mis mandamientos; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él" (Juan c. XIV. v. 23.) dice el Evangelio. Entonces habita Dios en el alma como verdadero esposo y le da vida, la vida espiritual, con la cual, muerta a todas las cosas,

vive de manera nueva, escondida en Cristo. Sólo entonces le enseña, como dice Santa Teresa: "como es una gran verdad que las tres personas son una sustancia, y un saber, y un poder, y un solo Dios."

"El misterio de la Trinidad beatísima, debo decirlo, escribe el confidente, es el blanco primero de mis amores, sobre todos los demás misterios; por lo mismo acerca de él he recibido luces y afectos más que acerca de ningún otro misterio acaso. Paréceme que la Trinidad Santísima habita en mi corazón constantemente; que mi pecho es un pobre tabernáculo donde esta Trinidad Santísima se esconde; así es que el ejercicio de la presencia de Dios para mi consiste en adorar humildemente a esta Trinidad augusta en mi pobre alma, con una mirada dulce y apacible de adoración y fervoroso amor. Pero ay, cuánto tengo que reprocharme en este mismo punto: cuántas veces me olvido por horas de este huésped divino que habita en mi pecho..... y le dejo solo y abandonado por ocuparme en las criaturas..... Creo que si fuese fiel en guardar constantemente esta presencia de la Trinidad Santísima en mi alma, pronto saldría de mis pecados e imperfecciones y sería un santo."

Otras innumerables luces acerca de los misterios de la religión asegura haberlas recibido durante esta época, y, ciertamente, testimonio de ello son los grandes frutos de piedad de su vida y su incesante amor a la oración, prolongada con frecuencia hasta avanzadas horas de la noche. Patentes están también ellas en la multitud de sus opúsculos piadosos, como la novena al Espíritu Santo, calificada por otro docto y santo teólogo,

el Padre Aguirre, como el mejor tratado teológico que haya conocido acerca de esta augusta persona de la Trinidad.

# En el Monte Santo

El joven sacerdote no tiene más ambición que la de perfeccionarse por el total sacrificio de sí mismo, buscando en todo cumplir con la voluntad de Dios. El edificante espíritu interior que le anima hace a los superiores del Seminario elegirle de Prefecto de Piedad, que lo desempeña con fervoroso celo.

Si seglar cultivó la literatura y la poesía tras de gloria y fama mundanas, y agrupó a la juventud intelectual en el Liceo que fundó con el objeto de ilustrarla y aficionarla al cultivo de las letras; ahora todas sus fuerzas dedica para conducirla a Dios, y sus grandes dotes de escritor y poeta los convierte al servicio del altar.

Animale el más ardiente amor al Sagrado Corazón de Jesús, a quien consagró García Moreno la República, y concibe el noble y generoso propósito de trabajar para que el Ecuador sea real y prácticamente el pueblo que le reconozca como su Señor y Dueño. Este propósito no es sino el albor de la especial vocación de su vida, que presto ha de absorverle totalmente y constituir el gran móvil de sus obras.

Con este objeto da a luz la magnífica Revista religiosa "La República del Sagrado Corazón de Jesús", desde la cual remueve en el clero y el pueblo ecuatorianos la atención hacia el gran pacto religioso sellado por García el Grande, demostrando la imperiosa necesidad de cumplirlo con fidelidad para hacer de él, escudo de protección y defensa para la República. En esta Revista y ótras que publica sucesivamente, descuella de modo magnífico como apologista ilustrado y teólogo lleno de celo y piedad religiosos, hasta el punto de llamar la atención aun de escritores católicos europeos.

Elegido como representante a varios Congresos de la República, promueve en ellos la construcción de una gran Basílica nacional en honor del Sagrado Corazón de Jesús, como un voto de fidelidad de la nación al pacto de su consagración, logrando hacerla aceptar de la nación y los poderes públicos. Igual éxito logra en su proyecto de consagración del Ecuador al Purísimo Corazón de María.

Finalmente, a este apostolado del Corazón de Jesús dedica también las Congregaciones de Oblatos y Oblatas que funda en Cuenca, la primera de las cuales llega, luego, a encargarse de la construcción de la Basílica, en la cual trabaja todavía.

Pero mientras llegan estas obras, como cuando ellas le ocupan exteriormente, no descuida un solo momento su vida interior, unida estrechamente a Dios centro y blanco de sus aspiraciones. Para ello cumple con la mayor fidelidad las reglas de conducta que se trazara en los Ejercicios Espirituales con que se preparara a su ordenación.

Veamos de ellas algo que demuestra el espíritu interior que anima y conduce a este sacerdote. ".....Jamás emplearé en puras conversaciones, a no ser que sean viajes o paseos convenientes, más de una hora, y aun durante ellos mismos haré siempre y con la mayor frecuencia posible reflexiones piadosas que levanten a Dios el alma de los demás, así como la mía. Me inpondré una ley inquebrantable de no emplear jamás ninguna parte de mi tiempo en juegos ociosos, ni en chocarrerías de ninguna clase, ajenas a la dignidad del sacerdocio. Para esto recordaré siempre la sentencia de S. Bernardo. "*Nugae in secularibus nugae sunt, in ore sacerdotibus blasfemiae.*"

".....Jamás principiaré ni estudio ni ocupación alguna sin invocar los dulcísimos nombres de Jesús y María, y solicitar la divina gracia, a fin de que haga todas mis obras con la mayor perfección posible, y cumpla exactamente hasta el más ínfimo de mis deberes, y también para que el móvil de todas mis obras hasta de las más pequeñas sea el solo y puro amor de Dios, y todo vaya así encaminado a su mayor gloria. De igual manera al fin de cada una de mis obras elevaré mi corazón a Dios a fin de que reciba éstas en unión de las de N. S. Jesucristo, me perdone las faltas que en ellas haya cometido, y me dé gracias para practicarlas mejor en adelante."

Tan fiel cuidado de su vida interior, explica cómo nada perdía el sacerdote piadoso en medio de las estrepitosas luchas de las legislaturas, en las cuales tomó parte principalísima en cuantas discusiones político—religiosas se suscitaron. Primer orador de su época, fué el más temible contendor de los oradores del liberalismo que se

preparaba al asalto del poder con arrojo y audacia. Improvisaciones magníficas que comenzaban serenas y reposadas para desbordarse luego en ardor y elocuencia, asombraban a los propios adversarios por su poderosa argumentación dialéctica y notable ilustración, en medio mismo del grande movimiento oratorio que desplegaba fogoso, hasta mover su cuerpo en grandes pasos, recogido el manteo en su brazo, en actitudes gallardas y valerosas.

Sin embargo el orador nunca hirió ni humilló a sus contendores, que aun vencidos, pudieron admirar además la exquisita moderación en el ataque y la noble modestia en el triunfo, cualquiera que fuese el asunto del debate. Si bien la pasión política llegó a amenazar la vida del Senador en 1895 cuando éste hubo de impugnar la elección de Felicísimo López, a causa de la excomunión que le había fulminado el Exmo. Sr. Shumacher, cejando sólo al ver descubiertos sus planes y eficazmente protegido al Senador, por la Policía.

Esta época de su sacerdocio, fué, además, muy fecunda para la juventud a la cual ya había dictado durante un año filosofía, como Profesor del Colegio Nacional; ahora agrúpale en una Academia de Ciencias Políticas y Sociales para instruirla en estos conocimientos, viciados generalmente con los errores de la Revolución, comprendiendo indudablemente con su penetrante inteligencia que estos funestos errores habían contribuido, en gran manera, a la desatentada oposición a García Moreno dentro del propio campo católico. El mismo había sido inducido en algunos errores, por profesores distinguidos, en estas materias, que no pudo discriminarlos sino después,

merced a su auto educación y vastos estudios.

Para ello compuso su obra *Ciencias Políticas*, diáfana y clara, firmemente adherida a las puras doctrinas del catolicismo.

Con igual objeto escribió también su tratado de "Derecho Público Eclesiástico," pues las doctrinas regalistas inficionaban la América y contribuían a las vejaciones que los gobiernos de estos países inferían a la Iglesia, pretendiéndose herederos del Patronato de los reyes de España.

Esta noble labor contribuyó en mucho a sostener en el Ecuador la implantación del Derecho Cristiano que le trajo el Gran Presidente Mártir, víctima de las logias masónicas por este vigoroso ataque a la Revolución triunfante.

# Fundación de Oblatos

El Exmo. Sr. Dn. Remigio Esteves de Toral, uno de los Obispos que más han trabajado por la Diócesis de Cuenca, en sus ejercicios espirituales de abril de 1881 concibió la idea de que los Sres. Dr. Cornelio Crespo Toral, Dr. Julio Matovelle y Adolfo Corral fundasen una Congregación religiosa para su santificación y la salvación de sus prójimos, indudablemente edificado del cielo y recogimiento de estos sacerdotes, y no sin inspiración del cielo, como lo manifiesta el mismo al dirigirse a ellos insinuándoles la fundación, deseando así promover mayores bienes en su obispado.

Aun antes de terminar sus ejercicios, dirigióse a estos señores, en carta colectiva, proponiéndoles emprender cuanto antes esta fundación. Después de maduras conferencias los tres señores acordaron contestase el Dr. Matovelle aceptando plenamente la idea y exponiéndole además las que éste había manifestado en estas conferencias para llevarla a cabo.

Buscaban los medios de realizar esta fundación cuando cayó enfermo el Sr. Toral, quien les reunió todavía junto a su lecho de muerte y les exhortó fervorosamente a llevar a cabo esta obra, aun a costa de cualquier sacrificio, indicándoles además que la obra podía llevarse a efecto en el antiguo convento de la Merced.

Deseoso de cumplir con este como testamento del Sr. Toral, pero queriendo también prudentemente conocer si obra tan grave y seria tenía el divino beneplácito, procuró el Sr. Matovelle, consultarla con cuantas personas podían aconsejarle en esta materia. Su confesor el Rdo. Padre Alfonso, Superior de los Redentoristas, el Sr. Sambuceti, Delegado Apostólico, el Sr. José Ignacio Ordóñez, Arzobispo de Quito y el Sr. Masiá, Obispo de Loja, entre otros, aprobaron la obra sin reservas.

No contento todavía con tan autorizados pareceres, quiso saber aún más claramente la voluntad de Dios en obra tan ardua y acudió a la Madre Soledad de Santa Ana, religiosa concepcionista de Pasto, señalada en los dones de oración y de profecía, para lo cual se valió del Sr. Belisario Peña, quien se dirigió con tal objeto al confesor de esta religiosa.

Ordenóle el confesor orar para que Dios le hiciese conocer si sería de su agrado, que se emprendiese en el Ecuador, una obra que tratan realizar algunos sacerdotes, sin indicarle particularmente nada acerca de élla. En un rapto se le manifestó a la religiosa el Padre Eterno y le dijo: QUIERO QUE SE HAGA, QUIERO QUE SE HAGA ESTA CONGREGACION, PARA GLORIA DE MI HIJO JESUCRISTO. Y en el himno de acción de gracias que

le inspiró la unción de esta manifestación divina, agregó todavía la santa religiosa: ALABADLE, EN LA NUEVA CONGREGACION, AL SÓN DE TODA MUSICA.....

Ya sin dudar de la voluntad de Dios, dirigióse el Sr. Matovelle el 1º de septiembre de 1884 al Vicario Capitular, Dr. Dn. José Antonio Piedra, solicitándole el permiso necesario para establecer en Cuenca la nueva congregación. Esta tendría por objeto propagar el culto al amor divino, por medio de la devoción al Espíritu Santo y a los SS. CC. de Jesús y de María, considerándose como víctima ofrecida al Eterno Padre en unión con la Eucaristía. Su objeto exterior debía ser el servicio de los fieles más abandonados, especialmente los habitantes de los campos, para cumplir el cual, la Congregación se encargaría de misiones y del ministerio parroquial en las aldeas en las cuales la autoridad diocesana les confiase este ministerio. La Congregación se llamaría: *Congregación de Misioneros Oblatos del Amor divino*.

Para esta fundación contaba el Sr. Matovelle con los sacerdotes Dr. Adolfo Corral, Dr. Jesús Arriaga y el Seminarista don Adolfo Bravo.

Como las obras de Dios no se hacen sin contradicción, así como se supo de la petición presentada al Vicario, se desencadenó la más cerrada persecución contra la nueva Congregación. Todo el clero vió el proyecto como una locura, como una empresa quimérica; se tachó a sus autores de soberbios, locos o rebeldes, pues aun los suspicaces les atribuían el propósito de sustraerse a la obediencia del nuevo obispo, Exmo. Sr. León, recién electo, que aún no se posesionaba de la Diócesis. Ni faltó quienes creyesen que los congregacionistas abrigaban propósitos mercantiles.

Fué principalmente el Sr. Matovelle blanco de las críticas y reproches de cuantas personas se creían autorizadas a darle consejos o reprensiones. La animadversión llegó al extremo de que cuantos le encontraban no le dejaban pasar sin lanzarle injurias o dieterios. Un canónigo le abrumó con los reproches más hirientes, sin que el Fundador le diese otra respuesta que el silencio.

El capítulo catedral del que aun formaba parte el Obispo electo se oponía tenazmente a la fundación, creyendo que la separación de estos tres sacerdotes del Seminario acarrearía la ruina de este establecimiento. Por tres veces se reunió el Capítulo para impedir la separación de estos sacerdotes del Seminario y oponerse a la fundación. En su seno no tenían más favorecedores que el Vicario y el Dr. Javier Landívar. Pero el Vicario se mantuvo firme en exigir se le demostrase en donde estaba lo malo del proyecto para impedirlo.

Entre tanto, pasaban los días llenando de ansiedad a los corazones de los congregacionistas, que no veían lucir esperanza alguna de que cesara esta oposición. El 16 de septiembre solo, en uno de los aposentos del Seminario, desierto a causa de las vacaciones, meditaba el Dr. Matovelle en estos sucesos, cuando de repente las puertas cerradas de su cuarto se abren de par en par por sí mismas llenándole de pavor, pero dándole a entender que con ello le significaba el cielo algún aviso. A la mañana siguiente abre el Apocalipsis para tomar algunas frases para su meditación y lee las siguientes: HAEC DICIT SANCTUS ET VERUS QUI HABET CLAVEM DAVID: QUI APERIT, ET NEMO CLAUDIT: CLAUDIT ET NEMO APERIT: SCIO OPE-

RA TUA. ECCE DEDIT CORAM TE HOSTIUM APERTUM, QUOD NEMO POTEST CLAUDERE: QUIA MODICUM HABES VIRTUTEM, ET SERVASTI VERBUM MEUM, ET NON NEGASTI NOMEN MEUM.

Tales palabras inundan su alma de un torrente de luz, y lleno de gratitud, sin dudar un solo punto de la aprobación de la Congregación, vase a celebrar en la contigua capilla de la Compañía, en el altar de N. Señora de los Dolores, en acción de gracias por el beneficio que espera recibir ese mismo día.

Aquel día recibe en efecto la nota de la Vicaría Capitular y en ella se le comunica la autorización para asociarse con los sacerdotes ya indicados y formar la Congregación proyectada, aunque de manera precaria y provisional, señalándole la parroquia de Azogues para que se estableciera en ella la asociación de sacerdotes y la sirvieran como párrocos.

Ocho días después los sacerdotes comprometidos y el seminarista entraban a Ejercicios para prepararse al ingreso en la Congregación, y, el 6 de Octubre de 1884, en el Corazón de María, en presencia del Santísimo Sacramento expuesto, aceptaron y firmaron las bases sobre las cuales fundaban la Congregación. En seguida eligieron Prefecto al Dr. Matovelle, Asistente y Procurador al Dr. Adolfo Corral, Secretario al Sr. Jesús Arriaga y Sacristán al Sr. Adolfo Bravo. Luego ante el Santísimo expuesto entonaron el *Te Deum*.

Tres años después el Exmo. Sr. León aprobaba también la fundación bajo el nombre de Sacerdotes Oblatos del Corazón de Jesús y les adjudicaba el antiguo convento e iglesia de la Merced para noviciado y casa central. El auto epis-

copal, sumamente laudatorio para la Congregación, manifiesta que élla ha producido en la ciudad de Azogues mejoramiento notorio en las costumbres y transformación espiritual, de modo que no puede dudarse que su fundación obedezca a inspiración del cielo, por lo cual y a fin de que la antorcha no quede oculta bajo el celémín, hácela la expresada adjudicación, reservándose para después el examen y aprobación de sus Estatutos.

Las Reglas y Estatutos debían esperar más; presentados en 1897 al Administrador Apostólico, Dr. Benigno Palacios, demoróse su estudio, que fué interrumpido a causa de la ocupación de la casa de la Curia por el Gobierno, suceso que lo previó el Padre Matovelle y los recogió oportunamente para que no se perdiesen. Entonces vino también el destierro del Fundador. En 1902, la comisión nombrada para estudiarlos sugirió algunas modificaciones, más bien en su forma, deseosa de que se las aprobase fácilmente también en Roma, y no llegaron a aprobarse sino en mayo de 1930, después de la muerte del Fundador.

Las Reglas y Estatutos formados por el Padre y aprobados por una Asamblea de la Congregación, antes de ser sometidos a la autoridad eclesiástica, son un cuerpo de leyes y disposiciones, aconsejadas por la experiencia y cuidadosamente estudiadas para conseguir la santificación de los miembros de la Congregación y su buen gobierno, de acuerdo con los dictados y consejos de la ascética religiosa.

En ellos hubo de suprimirse el primitivo fin, la cura de almas en las parroquias, a causa de que este objeto vino a constituir el mayor peligro para la estabilidad del instituto, asignándo-

se solamente como sus objetos exteriores las misiones y la construcción de la Basílica del Voto Nacional.

De los tres compañeros de fundación, sólo el Sr. Adolfo Bravo murió en la Congregación, pues, los Sres. Corral y Arriaga discreparon sobre el punto de los votos perpetuos que quería el Sr. Matovelle para constituirla en verdadera Congregación y lo exigía la experiencia para su estabilidad, mientras ellos sólo querían una asociación de sacerdotes sin otro lazo que el honor.

Si se reflexiona en la historia de esta fundación y de sus fines, no puede sino concluirse que esta Congregación es una obra íntimamente ligada a la consagración de la República al Sagrado Cerazón de Jesús. La Providencia divina no ha deshechado el pacto nacional de García el Grande y la ha suscitado para la reparación y el tributo del homenaje nacional, que han de traer indudablemente la final misericordia. Acaso no falta para ello sino que el pueblo ecuatoriano, con mayor fe y amoroso desprendimiento, acelere la obra de reconciliación y reparación pública que significa la Basílica.

El Sr. Dr. Dn. Cornelio Crespo Toral, varón santo y piadoso, fué uno de los que más apoyaron al Dr. Matovelle en su fundación. Para alentarle en esta obra, refirióle un día cómo una religiosa ecuatoriana contempló una vez nuestra República cual si fuese un árbol frondosísimo, que luego y de manera súbita vió agostarse y quedar a modo de un palo seco y desnudo. Dijo-se entonces a la religiosa que la falta de correspondencia a tantas gracias extraordinarias que se habían derramado sobre el país le iba a cau-

sar la ruina; pues, la ingratitud, la pereza y otros vicios, como pequeños insectos, habían devorado el meollo de la planta. Si tal es ahora el estado del Ecuador, es necesario, concluía, para que se cumplan tantos otros anuncios de abundantísimas lluvias de gracias y bendiciones que sobre él ha de derramar el Sagrado Corazón, que el Ecuador repare su honor ofendido.

## Fundación de Oblatas

Establecido el R. P. Matovelle en Azogues con su Congregación, a fin de reformar esta parroquia y nutrirle de fe y verdadera piedad, comenzó por establecer en ella algunas Asociaciones, principalmente la de Hijas de María, la cual correspondió de tal modo al celo de su Director, que a poco un núcleo de éllas pedía al P. Matovelle la fundación de una verdadera Congregación religiosa, deseosas de mayor perfección. Para ejercitar este fervor el Padre formó entonces la Asociación del Amor Divino de señoras y les dió reglas especiales. Luego les encargó la dirección de la escuela de indios que había establecido y mediante cuyas labores desapareció de esta parroquia el idioma quichua.

Muy próspera se hallaba esta Asociación cuando el Padre volvió a Cuenca para hacerse cargo de la casa e iglesia de la Merced. Acaso la falta de su dirección hizo decaer luego su fervor; pero, entre tanto, la fama de esta obra des-

pertó entre las señoritas de Cuenca el deseo de que aquí se hiciese también otro tanto. Por de pronto rehusó el Padre establecer esta asociación en la Merced, pues, en esta Iglesia habían ya otras bien establecidas y sólo procuró mejorarlas y enfervorizarlas.

No obstante, poco después, como entre estas señoritas llenas de celo piadoso, moraban dos cerca de la Merced y llevaban en su casa una vida muy recogida y retirada, condescendió en darles las Reglas de la Asociación de Prácticas en unión del Sagrado Corazón, de una sociedad establecida en París a fin de que las observasen. Estas señoritas eran las futuras Oblatas Amalia y Virginia Urigüen.

Observaron ellas tales Reglas con gran fidelidad y regularidad, firmemente decididas a fundar una verdadera Congregación religiosa, de tal modo que el Padre sometió este deseo al Capítulo de Oblatos, que aprobaron el proyecto de fundación de una Congregación de Oblatas.

Con no menor prudencia que en la anterior Fundación andaba entre tanto el Padre Matovelle consultando la obra con cuantas personas graves y autorizadas podían prestarle consejo, a fin de conocer la voluntad divina.

Mas en 1891 recibe de la señora Jacinta Segarra una casa en legado para una fundación religiosa y como al mismo tiempo las señoritas Uurigüen quedasen sin la suya, el Padre se vió obligado a recogerlas en esta casa y reuniéndolas con la señorita Rosaura Toro, les dió el 16 de Abril de 1891 el hábito de la Virgen de Dolores, que acostumbraban vestir en Cuenca algunas señoras piadosas. En Abril del siguiente año se las

juntaron también las señoritas Angélica Corral y Filomena Abad.

El Exmo. Sr. León, con el propósito de fundar una nueva parroquia, había construido la Iglesia de Todos Santos, habiendo perdido su jurisdicción en la Diócesis vino a ofrecer en este tiempo al Sr. Matovelle esta iglesia, para la fundación, la cual aceptó éste, después de ponerse de acuerdo con el Administrador Apostólico, Dr. Benigno Palacios. El Sr. León dió también algún dinero para la adquisición de una casa contigua para convento.

Por este tiempo, una persona constantemente favorecida con comunicaciones divinas, vino a manifestar al R. P. Matovelle que había visto en una visión que las futuras Oblatas debían vestir toca blanca, hábito negro y un escudo de los SS. CC. al pecho, como se pinta a la B. Margarita María de Alacoque.

Manifestada con todo esto claramente la voluntad de Dios, acerca de la fundación de Oblatas, dióle comienzo con estas cinco señoritas el 17 de septiembre de 1893, inaugurando su noviciado. Al año siguiente, el 24 del mismo mes, les recibió los votos anuales, que debían hacer, de acuerdo con las Reglas dadas, y quedó así organizada definitivamente la Congregación.

Esta fué aprobada por el Dr. Benigno Palacios el 9 de Marzo de 1894, estableciéndose bien pronto nuevas casas en Paute y Biblián. Hoy la Congregación cuenta con más de setenta religiosas establecidas en varias otras Diócesis y dedicadas a la enseñanza y preservación de señoritas, objetos de la Congregación.

Finalmente, el 8 de septiembre de 1927, la

mayor parte de estas religiosas hicieron sus votos perpetuos, llenando de consuelo a su Fundador, que había visto su Congregación de Sacerdotes, después de rápido crecimiento y singular florecencia, a su regreso del destierro, disminuir hasta correr el peligro de su extinción.

Dos días antes el cielo le favoreció con esta significativa visión: "Me pareció tener delante de mí, cuenta, una colina no muy alta, y encima de ella ver un hermosísimo palacio o templo que tenía algo así como la forma del celeberrimo panteón de Atenas de la antigua Grecia, o del templo de la Magdalena de París actualmente. Era un edificio de un solo piso rectangular, más largo que ancho; estaba todo él rodeado de una elegantísima columna estriada y de orden corintio. Pero lo notable era que ese edificio resplandecía con una belleza imponderable, más del cielo que de la tierra. Las paredes estaban construidas de piedra maciza, pulida y tersa, que parecía Obsidiana o Lapislázuli; sobre el bellissimo verde azulado de esos vistosos muros resaltaba el brillo incomparable de esas columnas labradas de oro macizo, finísimo y resplandeciente, lo que le daba el aspecto de un palacio o templo del cielo, no de la tierra. Pero ese edificio tan bello y arrebatador estaba inconcluso pues le faltaba la techumbre. Pensando estaba yo en ello y apenado cuando desapareció la visión. Todo el día la he tenido muy presente sin saber qué significa."

"Se simboliza acaso en esta visión, a la Congregación de Oblatas que hacen su semana de ejercicios espirituales actualmente, en la cual la mayor parte de ellas van después de dos días, el ocho de este mes, a hacer sus votos perpetuos ?.....

Solamente que este edificio esta aún inconcluso, pues le falta el techo protector de la aprobación de Roma.”

Hallándose en Lima tuvo también una visión acerca de estas mismas religiosas, que la transcribimos en seguida para que se vea la singular pureza de muchas de ellas. “Anoche, relata, he tenido una visión singular, que me parece se refiere a las Oblatas, dado que aquello no sea una ilusión de mi fantasía. Se me presentó un vasto y elevado edificio, algo semejante a un castillo o templo. De pronto cayó sobre él, como para aplastarlo, un enorme peñasco, tallado en forma cuadrangular; creí que todo el edificio iba a quedar reducido a polvo menudo, pero no fué así: la piedra enorme aquella apenas hundió la techumbre del edificio y quedó sobre él a modo de cubierta. Entonces sin saber cómo fui llevado a la parte superior de aquel edificio misterioso y ví con asombro que aquel descomunal peñasco había sido contenido por una pequeña piedrecita que era un canto de granito. Tomé la piedrezuela en mis manos y ví representada en ella una religiosa en actitud de una muerta, vestía una túnica blanca a modo de hábito dominicano y llevaba un rosario muy grande sobre el cuerpo. A modo de Diadema estaba coronada por un disco de flores; los radios del disco estaban formados por preciosos ramilletes de rosas y azucenas. En torno de la circunferencia de aquella diadema se leía estas palabras: SOY LA ROSA DE JESUS NAZARENO..... Significará esto que alguna Oblata, que ha sido antes Terciaria Dominicana, debe con su muerte aplacar al cielo y contener alguna gran tribulación que estará acaso para caer sobre todo el Instituto?”.....

En 1907, anota esta relación el mismo Padre así: "Esta visión acaba de cumplirse en todas sus partes en la muerte de la M. Teresa de Jesús Jarrín, que ha partido al cielo con la blanca túnica de la inocencia bautismal. Murió muy santamente el 21 del mes de septiembre, a las diez y media de la noche".

## Votos Heróicos

Bebiendo cada vez más del torrente de agua viva que mana del Sagrado Corazón, este verdadero apóstol de su amor, no contento con tantas obras como ha practicado su ardiente celo, sediento de mayores sacrificios, ansioso de darse totalmente a Dios, de consumirse todo en la divina caridad, hace, en 1891, voto de perpetua caridad e inmolación al Corazón divino de Jesús. El 21 de noviembre, en que la Iglesia celebra la Presentación en el Templo de la Imaculada Virgen, hace este voto, en la siguiente forma:

“Postrado en vuestra amabilísima presencia, oh Corazón divino de Jesús, y uniéndome al preciosísimo sacrificio que en un día como éste hizo mi dulcísima Madre María, en el misterio de su PRESENTACIÓN EN EL TEMPLO, yo me doy, entrego y consagro a Vos, oh Corazón divino, con voto de perpetua caridad e inmolación, obligándome bajo pecado mortal a amaros a Vos solo que sois mi Dios y Señor, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todo mi entendimiento, con todas mis

facultades y todo mi ser, en tiempo y eternidad; estaré por lo mismo pronto a inmolarme y sacrificarme cuantas veces me lo exigieren así los intereses de vuestra divina gloria.....”

Por este voto, como lo explica él propio, se obligó a no cometer jamás deliberadamente pecado mortal, y a hacer, aun a costa de su vida, lo que le mandaren sus preladados o confesores, bajo precepto de obediencia, cualquiera obra que fuere para gloria del Sagrado Corazón o de María.

Un año se preparó para hacerlo, y, en el retiro espiritual de nueve días que lo precedió, considerando que su vocación especial era ser víctima de inmólación a la gloria del Corazón divino, tomó las resoluciones siguientes:

“1<sup>a</sup>.—.....Con la mayor frecuencia que me sea posible, me pondré ante el augusto acatamiento de la Trinidad Santísima, y le adoraré con tres actos: el uno de ANIQUILAMIENTO, en honor del Padre; el ótro de fe, en honor del Hijo; y el ótro de amor, en honor del Espíritu Santo. 2<sup>a</sup>.— Me ejercitaré en la práctica de la verdadera humildad, considerando lo que soy, el último de los hombres, y el más pecador de todos; teniendo por lo mismo mi espíritu a las plantas de todos, como un criado ante sus señores..... 3<sup>a</sup>.—Recibiré todos los trabajos y contradicciones que me ocurran, con hacimiento de gracias, como los más preciosos regalos que pueden venirme de las dulcísimas manos de Dios. Por lo mismo no me quejaré, ni me impacientaré en circunstancia alguna..... 4<sup>a</sup>.—..... Me ejercitaré muy especialmente desde hoy en la caridad al prójimo, y el don constante de mí mismo, para lo que tengo el propósito de no negar nada de lo que se me pida y pueda hacer, a no

ser que sea contra conciencia".

Al año siguiente, con aprobación de su confesor, el Dr. Adolfo Corral, hace voto de consagración de su persona a los Corazones de Jesús y María, dándose primeramente como siervo para honrar el estado de abyección a que se redujo el Verbo en la encarnación, especialmente en su Santa Infancia, prometiendo estar, *como siervo*, pronto a servir a cuantos se lo exigiesen; en segundo lugar, como víctima resuelto a ver en toda circunstancia adversa el brazo del Señor que le inmola y agradecerle por ello; y, finalmente, como *cosa*, considerándose como despojado de su personalidad para ser miembro de Jesús y no vivir sino en él, abandonado a la acción de la gracia, como si fuese los inertes accidentes eucarísticos, deseando el aniquilamiento de su ser para que en él reine el Sagrado Corazón.

Obligóse por este voto a amar a Dios más que a sí mismo y que a toda criatura, impetrando así, el establecimiento del reinado del Corazón de Jesús en el mundo, el triunfo de la Iglesia, que el Ecuador sea prácticamente la República del Sagrado Corazón; por las Congregaciones de Oblatos y Oblatas y la santificación de los miembros de su familia.

El grande y verdadero amor nunca se detiene ni fatiga, por esto en 1903 hace un pacto, sellándole con su sangre, vendiéndose totalmente a María. Como precio de esta venta en la cual comprende sus fundaciones, pide a la Santa Virgen, entre otras gracias, morir en un acto de amor purísimo a Dios.

En 1907 hace el sacrificio de su vida al Corazón de Jesús, ofreciéndola para que el Señor

Dios que me pedía hiciese este voto y quedé al respecto en una profunda paz hasta el día de hoy”.

En la oración, en donde su alma es particularmente instruída e iluminada acerca del divino beneplácito, recibe también el Padre luces especiales acerca de este punto. “Otra ocasión, léese en su relación de las gracias que recibe, se me presentó un árbol muy alto y frondoso, y una voz que venía del cielo me dijo: comprime las ramas de este árbol y de él haz el cáliz de la Cena. En efecto estreché el árbol con ambos brazos y toda esta mole se redujo a una copa o cáliz de madera que quedó entre mis manos. No comprendí al principio qué podía significar esto que me parecía un enigma, pero luego advertí que yo mismo era ese árbol, que debía transformarme en un cáliz y ofrecer en él toda mi sangre a Dios para que fuese derramada por su gloria, unida a la sangre preciosa de mi divino Redentor”.

Esta significativa visión pudiera sintetizar la vida del santo Fundador, toda ocupada en comprimir la naturaleza rebelde a Dios, afanosa constantemente de empequeñecerse ante la Infinita grandeza y a sus propios ojos, estudiosa de continuo en abandonarse con toda confianza a la misericordiosa acción divina, cuya obra maravillosa es la nueva criatura.

## Persecución. política

Adueñado de la República el Liberalismo en 1895 por la desunión de las fuerzas conservadoras, la renuncia del Presidente, don Luis Cordero, y la actitud sorpresiva de Guayaquil ante la Junta de Notables que tratara de organizar un gobierno, encontró sin embargo fuerte resistencia en la Sierra, alarmada con la nueva legislación sectaria, atentatoria de la fe religiosa. En pos de la resistencia que le opuso el Azuay, surgió, pues, la defensa armada de la sierra, que, en sus varios movimientos, puso en grandes conflictos al General Alfaro.

Queriendo entonces el Gobierno sojuzgar a Cuenca, que el 5 de Julio de 1896 obtuvo brillante triunfo de sus fuerzas, y resistió al propio General Alfaro heroicamente el 23 y 24 de Agosto siguiente, matándole mil hombres, y sobre todo a fin de oprimirla y desmantelarla de su fe, envió a ella al General Manuel Antonio Franco, quien había dado ya a conocer en Quito su crueldad sanguinaria y despótica con los asesinatos de Víctor León Vivar, el Padre Eudoro Maldonado y

con otros actos de barbarie.

La altivez de los hijos del Azuay preparó un golpe contra Franco, pero, por desgracia, mal combinado, no hizo sino exacerbar la furia de este secretario.

Entre los que este hombre traía en mientes perseguirlos y acaso darles muerte, estaba el Padre Matovelle, a causa de haberle combatido en varios Congresos en defensa de la causa católica. Apenas llegó en Azogues preguntó ya por él, expresando: "recuerdo bien los malos ratos que me dió este clérigo en los Congresos". Mas su prevención puso en alarma aun a muchos adictos al Gobierno y enviaron aviso tras aviso al Padre para que se pusiese a salvo, llegando uno de estos a mandarle un caballo ensillado para que abandonase la ciudad inmediatamente. Entraba Franco por la carretera del norte, y el Padre salía por Ingachaca hacia Paute.

Media hora después una escolta buscaba en Yanuncay al Padre Matovelle, en la quinta en donde había tomado el caballo, iniciándose la más furibunda persecución contra cuantos habían conspirado o eran ajenos al liberalismo; sacerdotes, caballeros, jóvenes fueron reducidos a prisión y recibieron tormentos crueles y trato indigno. En la ciudad cundió el pánico y quedó sólo la soledad y el silencio. Las escoltas perseguidoras salían frecuentemente hacia las lejanas montañas.

En Paute permaneció el Padre tres días y apenas lo había abandonado cuando los soldados llegaban en su busca. En su nuevo refugio, la hacienda *El Rosario* de don Juan de Jesús Pozo, situada en los yungas de Cañar, distantes y solitarios, no había permanecido sino quince días,

cuando una escolta salida de Cuenca sin formación para guardar mayor sigilo y viajando por la noche llegó a la hacienda y pernoctó en el primer caserío por haber llegado a las seis de la tarde. En él se informaron del punto preciso en que se hallaba el fugitivo, de la hora en que celebraba la santa misa, y recogieron y encerraron en improvisada cárcel a todos los peones de ese lugar, asegurándoles bajo llave. Mas un muchacho listo practicó un oramen en una pared y avanzó a comunicarle al Dr. Matovelle la llegada de la escolta, con cuyo aviso abandonó inmediatamente el perseguido la casa de hacienda y huyó hacia la montaña.

A la mañana siguiente la escolta entraba en la casa a la hora en que acostumbraba celebrar, seguramente para victimarle sobre el altar mismo. Cuando en Cañar preguntaron al Jefe Político a dónde iba aquella escolta, respondió: *va en persecución del Dr. Matovelle; pues a esta hora no existe ya el Dr. Matovelle; pues la escolta lleva la orden de matarle donde le encuentren.*

Seis meses se mantuvo escondido el Padre hasta que salió a Lima cumpliendo la sentencia de destierro dictada contra él por el Gobierno de Alfaro.

En esta época emprendió su obra, *MEDITACIONES SOBRE EL APOCALIPSIS*, valiosísima por la enorme erudicción que encierra, por los profundos conocimientos teológicos y escriturarios que revelan al maestro en tales estudios. Guiada por grande y claro talento, campea además en ella notable destreza de ingenio, a la par que alto criterio, aquel avisor e ilustrado que es menester en la interpretación del Apocalipsis para no extraviarse

en su temible dédalo. No obstante lo arduo del asunto y la enorme extensión de su obra, no decae nunca el autor en el desarrollo de sus Meditaciones y consigue llevar al lector de manera fácil y agradable por entre las crecidas dificultades del vasto laberinto, merced a la nobleza y claridad de su estilo y a su frase siempre correcta y elegante.

Ni esta ardua labor ni el cúmulo de dificultades de estos días azarosos distraen su espíritu de la unión divina. Más que nunca alimenta su alma en la oración de quietud que le ha sido concedida en grado altísimo, en la cual se arrebatada e ilumina su alma con asombrosa frecuencia. Y así no le falta el divino consuelo en esta tribulación. ".....Hallándome en la Hacienda de Jer, en Cañar, cuenta, recibí, otro favor especialísimo de la Santísima Virgen, que no debo olvidarlo nunca. Me pareció que tenía mi cabeza inclinada sobre el pecho amabilísimo de la Santísima Virgen, descansando sobre su corazón dulcísimo y virginal. ¡Oh que torrente de celestiales consuelos causó esto a mi alma por largo tiempo! pues exclamaba interiormente: ¡La Santísima Virgen me lleva en su Corazón dulcísimo! ¿Qué puedo temer?..... Efectivamente hallándome entonces en lo más rudo de la persecución tramada contra mí, pasé pocos días después por Azogues sin que nada me sucediese".

Entonces volvió a Paute a la hacienda del Tejar y aun dió ejercicios espirituales en este lugar. También aquí fué favorecido para su consuelo y para que se encendiese más en el estudio de la oración con el siguiente, misterioso sueño; "Parecíame, relata, hallarme en una iglesia en donde miraba un púlpito y un altar. De repente

salió una llama que devoró la columna en que se sustentaba el púlpito y la mesa del altar; sin embargo, aunque ambos objetos se convirtieron en carbón ninguno de ellos cayó, ambos quedaron en pie, aunque ennegrecidos y carbonizados. Qué significa esto? ¿Acaso que las leyes impías que luego iban a dictarse en el Congreso atacarían a la Iglesia ecuatoriana, pero no la derribarían?"

Con estas comunicaciones manifiesta indudablemente el Señor cómo le es grata la inmoliación de su siervo para su reinado en la República. La forma dubitativa en que el Padre interpreta este sueño no le resta valor; pues la inteligencia de ellos no se da siempre en el mismo sueño, como lo anota Benedicto XIV, citando el ejemplo del sueño de San Pedro, quien no comprendió el significado del lienzo lleno de animales inmundos, sino cuando se encontró en la casa del gentil Cornelio, que quería ingresar en la comunidad cristiana.

Acaso la inteligencia de este sueño la tuvo en Lima, cuando escribió una *Refutación* a la *Carta del Sr. González Suárez a su Vicario de Ibarra*, en la cual el celo equivocado por la paz de la República del Obispo, brotó como llama devoradora y ennegreció el púlpito y el altar de la Iglesia ibarreseña, cuya autoridad fué menoscabada con este y anteriores sucesos.

Seguramente estas luces sobrenaturales movieronle a salir entonces por los fueros de la verdad, aun a trueque de herir la susceptibilidad del amigo y el Obispo.

## En el Destierro.

Un domingo, 14 de mayo de 1899, a las cinco de la tarde, llega a Lima el sacerdote desterrado por la furia sectaria del Gobierno del Gral. Alfaro. Celebrábase aquel día en la capital peruana la fiesta de Nuestra Señora de los Desamparados y a élla se encomendó el pobre desterrado, y le pidió le alcanzase se le confiara su capilla para ejercer su ministerio sacerdotal, a causa de la coincidencia de su fiesta con su llegada.

Preparábase entonces el orbe católico a tributar homenaje especial de adoración y amor al Divino Redentor con ocasión de finalizar el siglo, y, deseoso de unirse dignamente a este tributo, entra el 4 de noviembre a ejercicios en la casa de San Francisco de Paula de los Redentoristas, "para desagruar, nos dice, del mejor modo posible a mi divino Señor, de los ultrajes que yo mismo le he irrogado con mis pecados en esta parte del siglo que acaba, en que han transcurrido los años de mi vida que cuento actualmente."

Su amor ardoroso desearía elevar un monumento eterno, duradero, pero hallándose en tierra

extranjera pobre y desconocido, este monumento levanta en su corazón, conforme lo resuelve en sus ejercicios. "Este altar, escribe, será el Corazón Santísimo de María, los adoradores de la Hostia divina serán las potencias de mi alma y los sentidos de mi cuerpo. Cada hora durante el día y de la noche cuantas veces me despierte, renovaré esta adoración interior de mi espíritu.—2ª.—Paréceme que Dios N. Señor no quiere de mí obras de ruido que llamen la atención de nadie, mi vocación eucarística me atrae de preferencia a la vida oculta, humilde y desconocida del mundo. Por lo mismo huiré en adelante de cuanto me quiera sacar de este género de vida, y procuraré hacer el bien que pueda con el auxilio de la divina gracia, en silencio y sin que nadie lo sepa. Entre las buenas obras que se me presenten elegiré las más humildes y escondidas.....—3ª.—Procuraré por lo mismo no anticiparme jamás a los momentos de la Divina Providencia, haciendo humildemente el bien, aunque muy pequeño y escondido, que el Señor me confía cuando es de su agrado, sin preocuparme de lo que podré hacer o no el día de mañana.....—5ª.—La dulzura, la humildad, el recogimiento interior, la modestia y la sencillez, tales me parecen las virtudes que el Sagrado Corazón de Jesús exige de mí. Tales son al menos las inspiraciones interiores que he recibido en el presente retiro".....

El 1º de junio de 1899 se le confió el humilde cargo de capellán de niñas del Colegio de Santa Eufrasia, en el cual se cuenta un taller con ciento cincuenta niñas del pueblo a las cuales todos los domingos predica y hace el catecismo. "Parecíame, relata en una visión que tiene cuan-

do va a hacerse cargo de esta capellanía, que yo era el conductor de una carroza de mármol sobre la cual estaban hacinadas frescas y doradas flores especialmente rosas; todo aquel precioso cúmulo estaba cercado por varios pequeños crucifijos que descansaban sobre las flores y las impedían viñiesen al suelo. Esta visión me animó al cuidado de las niñas que me parece estaban representadas por aquellas preciosas flores sobre las cuales debía yo empeñarme en imprimir la imagen de Cristo Crucificado”.

Dos años después es trasladado a la capellanía de San Carlos, su primer deseo para honrar la imagen de N. Sra. de los Desamparados, venerada en esta iglesia, otro tiempo de la Compañía de Jesús. Entonces se le aparece en una visión San Ignacio de Loyola, habiéndole muchas veces la misma Virgen asegurándole que sería escuchado su deseo.

Estas y muchas otras consolaciones recibe el Padre, que en la populosa ciudad no busca sino la gloria de Dios trabajando humilde y silenciosamente en estos cargos modestos, ansioso siempre de agradecerle haciendo en toda su voluntad.

“Qué quiere Dios N. Señor de mí en Lima, escribe en su segundo retiro de 1900.... Lo que me parece manifiesto y claro es que Dios N. Señor quiere que apuremos yo y los demás miembros del Instituto residentes en Lima, la parte del cáliz que nos toca como a hijos del Ecuador, como a Sacerdotes de aquella República, hoy durísimamente probaba en el crisol de la tribulación. Dios quiere, pues, que llevemos aquí una vida oscura, humilde, despreciada, que hagamos el bien pequeño que podamos sin ser notados de nadie, y que

sin fijarnos en nada, ni en nadie, como pluma que vuela en el viento, pongamos toda nuestra confianza en Dios. Por consiguiente no tenemos que esperar nada, ni la más mínima protección de criatura alguna. Basándome en estas consideraciones formo las siguientes resoluciones:.....¿Qué haría el Salvador divino si se hallase en tal o cual circunstancia en que al presente me encuentro? Pues eso que haría mi Salvador, eso también lo haré yo. ¿No es cierto que así se hacen las virtudes más dulces, más amables y más fecundas en gracia? En la imitación de Jesucristo se halla uno como en contacto con el Salvador, y se experimenta aquello que del mismo Salvador divino dice la Escritura: VIRTUS DE ILLO EXIBAT. 2ª.—La virtud del Salvador que más especialmente procuraré imitar, hasta el retiro del año próximo, será el amor a la vida pobre, oscura y escondida.... 5ª.—Renuevo gustosísimo los siete votos con que estoy irrevocablemente unido a su amor y servicio (al de María) y prometo amarla, servirla y honrarla con el mayor fervor que me sea posible en desagravio de la tibieza y flojedad con que lo he hecho hasta el presente”.

En este mismo año, el 3 de julio, consagróse de modo muy solemne la República del Perú al Sagrado Corazón de Jesús, y, con esta ocasión el apóstol de su devoción en el Ecuador fué favorecido con una de las más hermosas y significativas visiones, la cual nos narra en la siguiente forma:

“Parecíame que estaba inclinado a la tierra en un sitio contiguo a un árbol, cuyo tronco tenía a mi vista, tanto que casi me apoyaba en él. La altura y profundidad del árbol no ví sino su

tronco. De pronto hallé pegada a sus raíces la semilla seca, de la cual había brotado el árbol; de modo semejante a lo que se ve en el cocotero o el árbol de la palta y otros semejantes que la semilla conservan adherida a las raíces del arbusto, por un tiempo bastante considerable, como sirviendo de sustentáculo y base a toda la planta. Arranqué yo aquella semilla maravillosa que tenía exactamente la forma de un corazón y me puse a contemplarla despacio, cuando he aquí que de repente de un corte trasversal hecho en aquella semilla o corazón, se escapó como de una fuente, un líquido purísimo, un torrente de agua cristalina, con tal ímpetu y abundancia que me quedé atónito y maravillado. Luego se extinguió súbitamente aquel caudal de aguas vivas y el corazón y semilla que tenía entre mis manos, se me escapó de entre ellas, y se subió como un metro más arriba de mi cabeza, y quedó flotando en el aire; pero en seguida de aquella abertura maravillosa principió a derramar sobre la tierra en toda dirección una copiosa lluvia que empapó la atmósfera y el suelo. Contemplando estaba aquella sutil, densa y abundantísima lluvia de agua purísima y cristalina, cuando me desperté..... Jamás se borrará de mi imaginación ni de mi mente aquel bellissimo espectáculo que se me representó con una claridad más que de medio día”.

“Pero qué significa todo esto?..... Acaso que el Corazón de Jesús es como la semilla de la Iglesia figurada por aquel árbol misterioso? Este Corazón divino es la fuente de aguas vivas y el que nos envía todas las lluvias de las gracias?..... Sí: así es en verdad, pero yo no soy digno de contemplar, ni mucho menos exponer semejante mis-

terio de la bondad divina”.

Nos alargariamos demasiado si quisiésemos transcribir todas estas visiones con que consuela e instruye a su siervo la ternura del amor divino.

## En el Lagar.

La santidad, obra maravillosa de la misericordia divina, es el resultado de la acción de Dios en el alma que coopera a su gracia; así, en último término, ella no es sino pleno y humilde reconocimiento de la soberanía del Omnipotente por parte del hombre que se le rinde amorosamente, pero de modo heroico. Vuelve por este modo la criatura a la vida de gracia e inocencia que perdió en el paraíso.

Para recuperar esta vida, cada hombre tiene una senda trazada ante sus ojos, en la cual debe entrar obediente y humilde, con amorosa confianza y fe ciega, pronto a sufrir lo que quiera, antes que apartarse de la voluntad divina. Por desgracia, nada aleja tanto del cumplimiento de la voluntad de Dios como el temor del dolor y el padecimiento, de los cuales huye egoísta y cobarde el corazón que no ama a su Criador.

Es esta la herida transmitida a la raza humana por la desobediencia de los primeros padres. Pero, de esta misma herida ha querido sacar su remedio la amorosa providencia divina. El dolor es el mejor medio para volver en sí a la criatura

y devolverla al dominio del Criador; él abre los ojos engañados ante la soberbia y el fausto de la vida; él los enseña a ver hondo y claro cuando alucinados por las mentirosas apariencias del placer se forjan fantasmas que impiden ver la realidad y la verdadera sustancia de las cosas; él, finalmente, purifica el alma de tal manera, cuando la apega y la injerta al árbol de la cruz, que ésta pierde por completo todos los frutos salvajes de su natural condición para darlos todos sobrenaturales y divinos.

Porque no hay otro medio para obtener de la viña humana frutos para la eterna felicidad a la cual está destinada, el Maestro divino que es camino, verdad y vida vino a enseñar esta senda y endulzarla con su ejemplo y con su gracia. En cierta manera, medida es, pues, de la santidad el padecimiento bien sufrido.

Si queremos formarnos alguna idea de la perfección de la vida que estudiamos, de la medida en que ha sido purificada, es necesario ver algo de sus padecimientos, y mirar cómo los ha sufrido. Lo hemos apuntado ya, penas y dolores fueron el lote de su niñez; ellos le condujeron a amar los Dolores de la Virgen y le encariñaron con las ternuras de la Eucaristía y, luego, en su juventud le hicieron enderezar el rumbo.

Sacerdote, no sólo acepta el padecer sino lo ama y lo escoge; por ello no vuelve atrás en su fundación cuando ésta es contradicha y vituperada, ni afloja la mano puesta ya en el arado cuando a su celo se le señala humilde y estrecho campo en Azogues, en donde la sabiduría humana pudo ver un surco, sólo apto para matar la siembra.

Acabamos también de ver la persecución y el largo destierro que sufre por causa de su amor a la religión, en cuyas penas se mezclan además de las inherentes al desterrado, los graves cuidados que le ocasionan sus tiernas Congregaciones, lejos de su vigilancia y protección, aun sin Estatutos aprobados la una, lo cual hace vacilar a no pocos miembros, amenazando muy seriamente la vida del Instituto.

Después, en la patria mismo, le llegan más recios sufrimientos, amarguras más crueles. La Autoridad diocesana juzga un día que no existe legalmente su Congregación; y otro día la despoja de la iglesia y casa del Santo Cenáculo para establecer allí una Escuela apostólica. Esto crea al Fundador otras engorrosas dificultades y le ocasiona terribles ataques de prensa de parte de uno de los más grandes corifeos del liberalismo.

Mas, en todos estos y otros muchos trabajos mira el Padre cruces y disposiciones del cielo y las recibe humilde, amorosa y pacientemente, gozoso de sufrir como víctima inmolada al amor divino. Mejor que ninguna demostración de cómo padece unido a la voluntad de Dios es el propio testimonio del Señor que le previene amorosamente todas estas tribulaciones, alentándole a pacerlas.

“Me pareció, cuenta cuando va a llegarle esta última tribulación, que tenía delante de mí a la Sagrada Familia: el Niño como de doce años estaba en medio de la Santísima Virgen y de San José, cuando de repente se desprendió de sus padres y corrió hacia mí, que también me ví reducido a la condición de niño. El divino Infante con

dignación amabilísima púsose a jugar conmigo, como hacen los niños, provocándome que corriese en su seguimiento, y luego escondiéndose de mí unas veces aquí y otras más allá. Incitado, pues, de manera tan prodigiosa a jugar, y ardiendo en amor al Niño amante y hermosísimo, eché a correr tras El, y he aquí que se escondió y desapareció totalmente a mi vista. Anhelante para descubrir en donde se había escondido y encontrarlo, fui a parar primeramente en medio de un grupo de hombres serios y graves, a quienes pregunté si habían visto al Niño Jesús, y ellos me contestaron que no. Entonces me fui derecho a una casa, porque tenía por cierto se había ocultado en ella, junto con la Santísima Virgen y San José; entro en el patio que lo hallé desierto y silencioso, avanzo en él, cuando he aquí que sale contra mí ladrando un perrillo, del que no hice caso alguno, cuando de súbito se lanzan contra mí una..... de enormes perros que iban a devorarme; uno de ellos me mordió la mano, y sintiendo el dolor del mordisco, alcé entonces un grito, clamando: ¡Señor me matan!..... Y al punto me desperté. Parece indudable que esto me anuncia una gran tribulación que está para caer sobre mí; quizás una conjuración de lenguas maldicientes que habrán de cebarse en mí por la prensa, o de otra manera. Dominado por estas ideas fui a celebrar la misa en honor de la Virgen Santísima, bajo el título de *Mater amabilis et pulchrae dilectionis*, y cual no fué mi sorpresa cuando en la oración del Ofertorio, me encontré con estas consoladoras palabras: SI QUIS EST PARVULUS VENIAT AD ME, ET INSIPIENTIBUS LOCUTA EST: VENITE, COMEDITE PANES MEUS, ET BIBETI VINUM, QUOD MISCUI VOBIS. Pala-

bras de la Escritura que tan bien cuadran con la visión referida. Habiéndome reducido primeramente a la condición de niño, la Sabiduría eterna, encarnada, me invita a su festín, y ese festín es el de la cruz”.

Muchas visiones del Padre podríamos citar en que el Señor le previene amorosamente, anunciándole las tribulaciones y padecimientos que le sobrevienen. Pero no se reduce a esto su predilección por esta alma; cuando llegan las penas, vienen también con ellas mismos los consuelos con que le alienta y anima a sobrellevarlas. Así, durante la tribulación anunciada en la visión anterior, recibe este dulcísimo consuelo: “.....mientras hacía con toda la comunidad la visita al Santísimo, en la distribución del medio día, se me presentó nuestro Señor Jesucristo en la cruz, volvió hacia mí, relata, su rostro acardenalado, cubierto de sangre y esputos, y volvió hacia mí su dulcísima mirada que la tengo tan grabada en mi alma, como si acabara de contemplarla. Esta mirada bondadosa y dulcísima me ha confortado mucho en medio de la tempestad de calumnias que han hecho llover sobre mí..... por quienes pido constantemente a N. Señor diciéndole: PATER, DIMITTE ILLIS QUIA NESCIUNT QUID FACIUNT”.

¡Cómo el alma amante no ha de sufrir gustosa algo de lo que padeció primero el Señor para redimirla! ¡Cómo no ha de sufrir contenta sus tribulaciones, cuando parece que también el Señor es místicamente herido con las injurias que recibe su siervo por su amor y servicio!

Padecer bien, amar el padecer, es propio de la caridad perfecta, porque ella, como enseña San Pablo, es sufrida y paciente. Esta es la caridad

que perfecciona el alma y la lleva a lo más alto de la escala espiritual en donde se consuma la unión con la Caridad eterna e increada.

¡Cómo no ha de padecer bien esta alma inmolada y eucarística que arde constantemente en deseos de martirio! “Hoy en la misa, apunta el 29 de abril de 1927, al tiempo de consumir el sagrado *sanguis*, N. Señor Jesucristo me dijo: Yo te he dado toda mi sangre; en cambio, tú tienes que darme toda la tuya..... Yo contesté: Señor, toda mi sangre es tuya, ordena que sea derramada hasta la última gota, toda por tu amor: yo te la doy y consagro con mi entera voluntad, y te la ofrezco para que sea derramada en el modo y forma que, tú, Señor, dispongas.....”

“¿Tendré yo la dicha de ceñir la corona del martirio?... O ¿quizás Dios me pide solo una inmolación mística?.....Este secreto lo revelará el porvenir. De todos modos yo debo ofrecerme a Dios perpetuamente, como una víctima, y esto es lo que hago todos los días, especialmente en la Santa Misa.”

## Tu es Petrus

Durante 1924 y 1925 la tradicional y solemne procesión de Nuestra Señora de Mercedes, designada por García Moreno como Patrona de las Armas del Ecuador, después de la batalla del Salado, no pudo salir en Cuenca por prohibirlo las autoridades. Cómo afligían estas cosas al Padre Matovelle es fácil suponerlo, siendo él tan ferviente en honrar a la Virgen Santa, particularmente en esta advocación, la titular de la iglesia y casa central de su Congregación, y, sobre todo, como a Patrona de las Armas ecuatorianas.

De qué modo sus tiernos afectos deben haber prorrumpido en hondas querellas ante la propia imagen, en tales circunstancias, es fácil comprenderlo. Mas, si registramos nosotros esto, es porque creemos que sus oraciones consiguieron la libertad que de manera inopinada concedió al siguiente año el Intendente del Azuay, Dr. José María Montesinos.

Apuntando estos sucesos el Padre, hace notar que esta libertad hubo sólo en Cuenca, y la atribuye a las disposiciones de Dios, que tiene en

sus manos los corazones de los hombres, antes de narrar las siguientes visiones, en las cuales se le anunció esta libertad. "Octubre 17 de 1926. Haré cosa de cuatro meses ví, dice, en sueños un enorme buitre, que no podía ser sino el diablo, que se cernía en el aire dando repetidas vueltas en torno del convento nuestro e iglesia de la Merced, iba con las fauces abiertas como buscando una presa, que estaba pronto a devorarla; y después de varios círculos que hizo en el aire, con las alas desplegadas, tendió hacia el norte y desapareció".

"Poco después ví en nuestra iglesia de la Merced, todo esto en sueños, pero con más claridad que si estuviese despierto, a N. Sra. de las Mercedes colocada como siempre en el nicho principal del altar mayor, pero con la particularidad de que habían desaparecido de sus lados San Pedro Nolasco y San Ramón Nonato; ahora en lugar de ellos apareció García Moreno, a la derecha de la Santísima Virgen y un poco detrás de élla. El héroe mártir aparecía vestido de negro, en traje de ceremonia, como si fuera para asistir a alguna gran solemnidad, presentándose de pie y en actitud recogida y muy respetuosa. Luego desapareció la visión."

"Finalmente, algún tiempo después ví a la Santísima Virgen solamente vestida como cuando la sacamos en procesión por las calles, con corona imperial en la cabeza y con cetro real en las manos. Apareció en su nicho del altar mayor; pero luego descendió de él rápidamente, y fué a colocarse en el altar de San José, como si estuviese ya a punto de salir en procesión. En seguida extendió la diestra con el cetro en ademán de pro-

teger a nuestro convento y desapareció la visión.”

Largamente podrían comentarse estos tres sueños, en los cuales se anuncia claramente la libertad para la procesión de 1926. En el primero manifiéstase la furia del demonio contra el convento e iglesia de la Merced, en donde se impetra indudablemente a Nuestra Señora libertad para poderla honrar públicamente, y, cómo éste se encamina a otras regiones. En el segundo aparece García Moreno junto a la imagen del templo, en vez de los santos de la Orden Mercedaria, para dar a entender acaso, cómo el Padre Matovelle ha sido elegido para continuar la obra religiosa de aquel y no de éstos, y cómo su fiel cooperación es particularmente agradable a la Reina y Patrona de Armas del Ecuador. Clarísimo es el tercer sueño, cuyo cumplimiento tuvo lugar este año.

Apuntamos ya anteriormente, pero debemos observarlo con mayor detenimiento, cómo el Padre Matovelle ha recogido las grandes obras religiosas de García Moreno, sobre todo el pensamiento del reinado del Sagrado Corazón en la República, para lo cual se ha constituido en apóstol de su devoción y ha ofrecido su persona y sus Congregaciones en inmolación a su honor ultrajado. Suya principalmente es la Gran Basílica del Voto Nacional a la cual está vinculada su Congregación de Oblatos, ansiosa de presentar este homenaje de reparación y amor.

El fracaso mismo del primitivo fin de la Congregación, sin el cual, por otra parte, no habría logrado ella establecerse, pone más de manifiesto lo providencial de su gran objeto.

Y esta singular herencia de García el Grande le ha sido dada por elección del cielo. He aquí un punto que debe conocerse claramente, por la grande importancia que entraña su reconocimiento para el pueblo ecuatoriano, que por este modo conocerá los medios de su salud y los apoyará decididamente. Veamos lo que el mismo Padre sintió y conoció acerca de esto.

“Quito, junio 24 de 1906.—Este día celebré por primera vez la santa misa en la Basílica del Sagrado Corazón, en la capilla del purísimo Corazón de María. La misa que dije fué la de San Juan Bautista; y esta circunstancia me hizo recordar una voz interior clarísima que en los primeros años de mi sacerdocio oía continuamente en mi alma diciéndome: ET TU PUER PROPHETA ALTISIMI VOCABERIS PRAEIBIS ENIM ANTE FACIEM DOMINI PARARE VIAS EJUS.... Lo que se habrá cumplido exactamente con respecto a la obra de la Basílica.—Otra voz interior sonó repentinamente en mi alma, hacia 1890 diciéndome: TU ES PETRUS ET SUPER HANC PETRAM AEDIFICABO ECCLESIAM MEAM. Me esforzaba yo por rechazar esta voz, que me mortificaba no poco, porque me parecía una ilusión de mi mente, y no me daba bien cuenta, de lo que ella me quería significar. En esto ocurrió que habiendo dado yo una limosna para la obra de la Basílica, los padres del Sagrado Corazón encargados de ella, pusieron en los cimientos una piedra grande con mi nombre, como se ve hasta ahora. Luego esa obra de la que siempre había cuidado yo, había venido a quedar exclusivamente a mi cargo, y se ha realizado plenamente la voz profética: ET SUPER HANC PETRAM AEDIFICABO ECCLESIAM MEAM.

Dios habla familiarmente con sus amigos, sobre todo, con aquellos a quienes ha elegido como instrumentos particulares para realizar sus más grandes designios en favor de la Iglesia. No debe, pues, extrañarse que lo haya hecho así, con este siervo destinado a realizar tan grandes obras en beneficio de la Iglesia Ecuatoriana.

## Apóstol Marial

El primer amor de esta alma pura y ardiente, en su niñez mismo, fué María en la hermosa advocación de sus Dolores. Ella fué la madre que encontró en la orfandad infantil y desde entonces, a medida que crecían su fe y su ilustración, iba también creciendo este amor noble y sobrenatural del cristiano.

Los cantos que el poeta entonó en su juventud fueron primeramente para la Virgen; para élla las fatigas de su ministerio sacerdotal después, sin interrupción alguna, hasta los postreros de su vida llena del más ferviente apostolado, dedicado a honrarla y hacer amarla.

Encargada su Congregación, recién nacida de la parroquia de Azogues, sus primeras labores se dirigen a propagar la devoción a María, a formar Asociaciones que la honrasen. Allí obtiene su ardiente celo sacerdotal la primera consagración de un pueblo del Ecuador al Purísimo Corazón de María, en forma oficial, logrando lo decretase y llevase a cabo el Municipio de la ciudad. Este mismo ardor emplea más tarde, desde la curul le-

gislativa, hasta lograr que los poderes públicos ecuatorianos consagren la República al mismo Corazón purísimo de María.

En la Merced de Cuenca funda la asociación de Terciarias Servitas para honrar los Dolores de María, y siempre que se encuentra en esta casa no deja nunca de celebrar la Misa dedicada en su honor.

Todas las advocaciones de la Virgen le atraen y encantan y propaga cuantas puede entre el pueblo; descubre la hermosa historia de la aparición de la Virgen de la Nube en Quito y redobra su labor para hacer conocerla nuevamente del Ecuador, y erige templos y multiplica cuadros e imágenes suyas, ansioso de que todos la honren y veneren.

En su celda y convento pobrísimo se complace en sembrar por donde quiera, con magnífica profusión, cuadros de la Virgen, cuya sola vista le encanta.

Vivo, tierno, palpitante aparece este grande amor a María, no sólo en los libros de piedad que la dedica, como "Mes de la Virgen de Mercedes" y otros opúsculos y novenas de piedad, sino también en "Imágenes y Santuarios", en donde recoge los principales de la América, deleitándose en describirlos y hacer su historia, narrar sus tradiciones y portentos.

Seguramente, nada mejor para conocer lo subido de este amor, como la extraordinaria correspondencia de la Santísima Virgen a su gran siervo. Hela aquí: "Agosto 19 de 1909.—Esta madrugada, un cuarto antes de las tres de la mañana, tuve una bellísima visión, en que me parece he recibido una de las gracias espirituales más

grandes que jamás se me hayan otorgado en toda mi vida; por lo mismo el recuerdo de esta gracia, al par de la que recibí en Jer el 2 de Febrero de 1899, vivirá respetuosamente en mi alma, hasta mi muerte. De ahora en adelante el 19 de Agosto será para mí un día sagrado, entre todos los del año, al par del 2 de Febrero”.

“A la hora dicha estaba en mi lecho, con todas las potencias de mi alma más despiertas y vivas que nunca, cuando tuve esta visión. Me pareció hallarme en el atrio de la iglesia Catedral de Cuenca, y he aquí que una fuerza invisible a la que no pude resistir, me arrastró al templo; entré en él llevado por esa fuerza, sin saber quién me arrastraba ni a qué iba. A la entrada del templo encontré una gran multitud de niñas, a quienes precedían unas religiosas; al verme las niñas me abrieron una calle para que pase y luego muchas se precipitaron en pos de mí para que las confesase. Me encaminaba ya a un confesonario, cuando de pronto se me representó una visión en el altar Mayor, al lado del Evangelio, donde está el trono del Obispo, en vez de ese trono se veía un Calvario; yo me fijé especialmente en una hermosa imagen de nuestra Señora de los Dolores, que estaba de pie a la derecha del Cristo, y advertí que en esa tan bella imagen de la Stma. Virgen la estaban adorando, como para una próxima fiesta. Movido de una tierna devoción a la incomparable Reina, me postré ante las gradas del altar mayor, cuando he aquí que desapareció el Calvario, y se me representó la Virgen Dolorosa no ya de pie sino sentada en una silla, colocada en la mitad del plano del presbiterio. Púseme a contemplar esta bella y majestuosa imagen con

sentimientos de profunda piedad mezclados con un santo temor y profundo respeto. Hallábame así postrado en oración cuando ví que la Virgen Stma. me llamaba, y con gracioso ademán me ordenaba acercarme hacia ella. Al instante volé a ponerme delante de la Reina del cielo, poseída mi alma de indecible amor por ella. La Virgen Stma. tenía en su mano izquierda su Corazón levantado en alto. Al postrarme delante de la Reina celestial, clamé en voz alta y dije: "Madre mía, bendecidme!" "Sí," contestó María y tomando su Corazón Santísimo con ambas manos, como toman los Sacerdotes la Custodia con la Hostia consagrada, me bendijo la Virgen Santísima con su Corazón Inmaculado, haciendo una cruz bien grande, y muy bien trazada sobre mí, que incliné la cabeza hasta la tierra. Presa entonces mi alma de una profunda emoción, levanté mi cabeza y la recliné sobre el pecho de la Virgen Santísima, clamando y diciendo: "¡Madre mía, alcanzadme la gracia de que te ame, pero mucho, muchísimo!" Presa mi alma del mismo santo fervor, después de un rato de silencio, torné a hacer esta otra súplica: "Madre mía: alcanzadme que tu Hijo divino viva siempre en mi corazón". La bondadosísima Reina me contestó: "Sí, yo haré que todas tus oraciones las hagas en mi Hijo divino, y que por él las eleves al Padre". Al punto desapareció la visión y quedé con profunda pena de que hubiese durado tan poco una manifestación tan hermosa y de tanta bondad de la Reina del cielo, y al mismo tiempo llenó mi corazón de indecible gratitud para con esta Madre Dulcísima que tan buena y benigna es, hasta para con los más viles y miserables pecadores, como lo soy yo....."

Otra vez, en Quito, en 1910, recibió esta nueva gracia singularísima que narra así: ".....me parecía hallarme en la capilla del Corazón de María (hoy propiedad de las religiosas Salesianas) de Cuenca, y que celebraba yo allí, la misa de media noche en Navidad. Al cantar el *Gloria in excelsis*, sentí un movimiento extraordinario de júbilo, pero al llegar al *Hanc igitur oblationem* y poner las manos sobre la Oblata, sentí una impresión profunda de dolor y ofrecí mi vida en holocausto a Dios N. Señor, uniéndola con el sacrificio de valor infinito de la Víctima divina. Al llegar al momento de la Consagración desapareció todo y en su lugar se me apareció el Corazón Santísimo de María, que lloraba con una expresión indescriptible de amargura y dolor. Al ver a mi Madre amantísima tan atribulada no pude contenerme y prorrumpí en gemidos y en un deshecho llanto; de modo que yo, postrado de rodillas y profundamente inclinado hasta la tierra, lloraba por las penas de mi Madre dulcísima, apegado a sus rodillas; y María, puesta de pie, lloraba también, de modo que sus lágrimas podían gotear sobre mi cabeza. En esto estaba cuando desapareció todo. Pero desde aquel día hasta ahora mi corazón rebosa en un amor encendidísimo a mi amabilísima Reina y Madre; siendo mi alma tan unida a la Reina del cielo, como si su alma y la mía formasen una sola".

Esta gracia verdaderamente extraordinaria, cuya unción maravillosa le deja tan unido a María y tan encendido en su amor, es, ciertamente, de aquellas que sólo se encuentran entre las más insignes, de las concedidas a los santos particularmente señalados en el amor de María Santísima.

## Amor de sus amores

Hay tanto que decir del singular y ardiente amor hacia la Eucaristía que incendiaba el corazón ardiente y puro del apóstol del Corazón misericordioso de Jesús, que es preciso tratar de propósito algo siquiera acerca de ello, aun cuando, tejida como está su vida sobre este amor que es como la esencia de la vida sacerdotal, bastante queda ya demostrado de sus amorosos incendios.

En efecto, todavía niño se propone hacer de la Eucaristía el centro de su vida y de élla se alimenta, y en el amor incomprensible de un Dios hecho pan para dar vida a las almas busca incesantemente todas sus alegrías y consuelos en la niñez y la juventud. Cuando llega al sacerdocio comprende claramente con las luces sobrenaturales que recibe que el sacerdote no ha de vivir sino para el Sacramento de amor, que su vida ha de ser como la de María toda para Dios-Hostia puesto en sus manos, entregado a sus cuidados, confiado a su amor y celo.

Cuando, como consumado maestro de la vida espiritual, desempeña el cargo de Prefecto de Pie-

dad en el Seminario y alecciona y adiestra a los futuros levitas del Señor en la piedad y el amor, no puede tratar el tema de la Eucaristía en los fervorines que dirige a los seminaristas sino con grande emoción y amor tan encendido, que un día de estos al reflexionar cómo Dios se ha hecho pan por amor, embargado del más hondo afecto, no puede concluir el fervorín, porque los gemidos ahogan su voz.

Como Juan de la Cruz y Teresa de Jesús da desahogo a su pecho entonando cantares a la Hostia divina; al rededor de ella giran sus horas y su vida toda; su amor querría prender en todos los corazones este amor tan debido al amor de un Dios que se da a sí mismo tan tierna y generosamente a los hombres, y que, sin poder darles más, porque aquí lo da todo, gime y espera, como un mendigo en los tabernáculos, el amor de la criatura, que permanece helada, indiferente, semejante a un insensato, incapaz de comprender y darse cuenta de este amor infinito, incomprensible.

No contento con la palabra, insta también a la correspondencia de este amor en la Revista, el folleto y el libro. "La República del Sagrado Corazón", el "Reinado Eucarístico", las "Veladas del Cenáculo", la "Semana Eucarística", el "Mes del Santísimo Sacramento", el "Dogma de la Presencia Real" son otros tantos fervorosos reclamos que instruyen, apremian y claman para que se incendien los corazones en amor al Amor de los Amores.

Su amor a la Eucaristía sugiere al Arzobispo Sr. Ignacio Ordóñez la celebración del primer Congreso Eucarístico nacional celebrado en Quito, en el cual se invita a las naciones americanas a

consagrarse también al Sagrado Corazón de Jesús.

Cuando en Riobamba los Soldados del Pichincha perpetran el horroroso sacrilegio del 4 de Mayo de 1897, funda en Cuenca "El Herald de la Hostia Divina" para desagruar públicamente a Jesús Sacramentado y protestar y lamentar aquellas horripilantes injurias lleno de noble valor y entereza cristiana.

Para secundar el "Culto Nacional Reparador" que funda en Quito el Exmo. Sr. Ordóñez, el R. P. Matovelle sugiere la construcción del Santo Cenáculo de Cuenca, destinado a la adoración del Santísimo, construcción que lleva a cabo el Dr. Miguel Moreno.

Las Asociaciones Reparadoras cobran gran auge en la Merced bajo su dirección y con su maravilloso ejemplo de amor a la Eucaristía. Ante la Hostia Sacrosanta el Padre parece un ángel o serafín por el profundo respeto con que la adora, por el grande recogimiento que guarda en su presencia. Cuando celebra, la meditación y contemplación del divino misterio le absorbe de tal modo que se sustrae a cuanto le rodea para comunicarse sólo con Dios de la manera más devota y atenta. Sus misas duran por el espacio de una hora, y hacia el fin de su vida gasta dos horas en prepararse y una en dar gracias.

En la Merced jamás cede a nadie las exposiciones del Santísimo; sólo acercarse al sagrado tabernáculo le causa alegría indecible y no puede tomar el copón o el sagrado viril sin llenarlos de ósculos; frecuentemente se preocupa de mantener el tabernáculo en estado de completo aseo y limpieza, revisándolo para esto en persona y cambiando los corporales, adorándolo luego, larga-

mente, puesto de rodillas y reclinada la frente sobre el ara.

Mejor que todo lo referido nos dará una idea más clara de la fe esclarecida y el amor inflamado de este corazón ennoblecido por multiplicados carismas de la gracia, la propia revelación de sus sentimientos. "El 6 de Enero (1910) fiesta de la Epifanía, y vísperas del primer viernes, se erigió en la Basílica la Asociación de los Sacerdotes Adoradores; este primer viernes era el primero después de la fiesta de la Consagración de la primera capilla de la Basílica, fiesta que se celebró el 12 del mes pasado. Esta fué la ocasión que eligió el Corazón Stmo. de Jesús, para hacerme una grande gracia: de repente me sentí tan inflamado de amor a este Corazón, Santísimo que me parecía iba a morir por la violencia de los afectos. Ese mismo primer viernes entramos en la semana anual de nuestros Ejercicios espirituales los Sacerdotes y Hermanos de la Comunidad de la Basílica; durante todá esa semana pasé languideciendo de amor a mi Dios: mi corazón me parecía un volcán que lanzaba torrentes de fuego al cielo. Al mismo tiempo sentía indecible dolor al ver qué poco le amaba a mi Dios, que me era un tormento la vida, y sin embargo este tormento me era tan dulce, que deseaba que jamás se me quitase este dolor".

He aquí todavía una de las muchísimas visiones con que el Señor le regalaba y enardecía, fortaleciéndole para que sufriera con valor. "Cuenca, Enero 25 de 1913.—Ayer, mientras estaba con la Comunidad en la distribución piadosa de la Visita al Santísimo, que se hace cuotidianamente en la capilla, al medio día, tuve esta visión:

se me presentó el Divino Corazón de Jesús, esto es, el Salvador con su Corazón divino de manifiesto, en su adorable pecho; el Salvador se me manifestó cual si viniera corriendo a amparar y favorecer a nuestro pequeño Instituto de Sacerdotes Oblatos, que ahora más que nunca necesitan de su protección y auxilio soberanos... No ví más que esto, pero ello bastó para infundir en mi alma una dulce y segura confianza en la voluntad y misericordia infinitas del Salvador para con nosotros. El Señor me pareció con su brazo y mano derechos levantados sobre nuestra Comunidad, en actitud de protegerla”.